

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 4 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Imperialismo.....	Rodrigo Soriano
Los tres sostenes de la Idea.....	M. Ciges Aparicio
Página lírica.....	Emelia Bernal
Peces de agua dulce.....	Anastasio Alfaro
Un drama de Anatole France.....	José Fabio Garnier
Dos poemas.....	Eugenia Torres

Tablero (1928).....	
El espíritu de los tiempos.....	B. Sanín Cano
Qué hora es...?	
Lafcadio Hearn.....	Rafael Alberto Arrieta
Nada más que 1 hombre (y 2).....	José Ant.º Fernández de Castro
La hiena herida.....	R. Blanco Fombona

Evoco yo ahora aquellos días de la guerra, de la gran ficción que dividió en castas a los pueblos, atribuyéndoles barbarie o ideales, según la moda, cuando la barbarie era una e igual el crimen...

Mas ya la metálica voz de un joven, menudo y nerviosillo, distinguido y afable, vestido de caqui, con las estrellas e insignias rojas del Soviet, anuncia la conferencia. Los soldados, en gran número, están tendidos sobre la yerba, en cómodas, pero correctas posturas.

Tras de los ciudadanos soldados aparecen jinetes. Son patrullas que recorren el campamento y se detuvieron un momento a escuchar.

Algunos potros, irrespetuosos, saludan la presencia del orador con estridentes relinchos, y voltean, como chicuelos, sobre la fresca yerba. Mas cuando el orador dice en ruso: *Zdrastvouitje* (Buenos días), hombres y caballos se mantienen quietos. En aquella campestre decoración serena y plácida, que alegran con sus trinos bandas de golondrinas, resurgirá un momento el fantasma de la guerra. Aquel cuadro primitivo, la religiosa atención con que escuchan los soldados, la sencillez del decorado, evoca días de la propaganda galilea. Los apóstoles tendrían tribuna en la del campamento moscovita.

—*Zdrastvouitje* (Buenos días, camaradas) —ha repetido el orador.

—*Zdrastvouitje*—responden los soldados, como suave plegaria, que se repite y extiende en ondas por las filas...

Yo no puedo recordar el comprensivo cuanto sencillo discurso que pronunció, con débil voz, sin mover las manos, ocultas en los bolsillos de su guerrera, el simpático orador. Habló en ruso con extremada sencillez, sin desplantes ni arrogancia. Hablaba al corazón y a la razón, con claras palabras y populares metáforas. En algún momento, los soldados murmuraban su aprobación; sus ojos se clavaban en el orador, como sugestionados por su imán. Y el orador seguía, calmoso, como un sereno río que, majestuoso, se deslizara. Tradujéronme, a grandes rasgos, la substancia de su discurso. Era un rápido estudio de la enfermedad aquí llamada del *imperialismo*, causa de la guerra.

«El capital se concentra en pocas manos, y los pequeños capitalistas sucumben. Como éstos, por sí solos, no pueden defenderse, surge, inevitable, la Sociedad por acciones. Los grandes capitalistas explotan así el

RUSIA

Imperialismo

—De La Libertad. Madrid.—



capital de los pequeños, el pequeño ahorro de empleados, aldeanos, funcionarios no capitalistas. A cambio de su dinero les dan unos pedazos de papel. En un principio creyeron algunos inocentes que la Sociedad por acciones no robustecería al gran capital y sí al pequeño, que disfrutaría de las acciones y sería también otro capitalista; mas aquel sueño fue fugaz. Los grandes capitalistas, como era lógico, se aprovecharon de los pequeños para hacer más fuerte su capital. Los pequeños accionistas viven, por lo general, fuera de las capitales, no están organizados. Los poderosos los absorben. Tras de las Sociedades por acciones surgen los Sindicatos, los *trusts*, ejército invencible de capitalistas, señores feudales que dominarán el mundo. Nadie puede moverse sin su permiso. Una vez, el *Deustch Bank* (Banco alemán) quiere oponer su fuerza a la de Rockefeller y a la de Morgan, a sus *trusts* famosos de petróleo; pero lo arrolla Morgan. La Cámara prusiana pretende monopolizar el petróleo, el azúcar, y también cae pronto a los pies de Morgan. La electricidad es acaparada por unos pocos. Son señores de horca y cuchilla, que señorean y defienden las montañas con sus castillos roqueros, ahora los Bancos. ¿Para qué las libertades, mientras la tiranía feudal capitalista oprima al pueblo? ¡Pobre pueblo! —exclama—. En Occidente, socialistas y demócratas pronuncian bravos discursos para defender los derechos del hombre. Pero son los derechos de unos pocos, de los diputados, de los políticos, para quienes la libertad es exclusiva. Porque en cuanto el obrero, con huelgas o discursos, reclama sus derechos, la igualdad social, económica, estomacal, si queréis, los que piden para ellos libertad lanzan a sus gentes contra el pueblo. ¡Oh menguada libertad! ¡Sólo una lucha tenaz entre el proletario y el opresor traerá

al primero su libertad! ¡Lucha de clases! Los *trusts* lo acaparan todo: acero, hierro, electricidad; son una ventosa, un pulpo... La concentración del capital mata la concurrencia. El capital es Dios. Señala precios, impulsa valores, baja o sube cotizaciones, hunde o levanta Empresas. El acaparamiento estruja la miseria. En 1900, la parte de Sindicatos capitalistas de la producción textil era en los Estados Unidos de un 50 por 100, de 54 por 100 en la minera, de 60 por 100 en la del papel, de 84 por 100 en la del acero y hierro, ídem en la química, de 81 por 100 en la metalúrgica. En Alemania, el 90 por 100 del carbón

pertenecía a Sindicatos. En Rusia, nuestro país, la Sociedad Sindicato *Prodongol* tenía el 60 por 100 del carbón, el *Prodamet*, del 88 al 93 por 100 de la metalurgia, y así muchas. Los Bancos completan la obra centralizadora. Son las Celestinas del capital. En pocos años han crecido fabulosamente. Son los cancilleres y generales en jefe del ejército capitalista, que manejan el dinero y le asignan interés; que tejen entre sombras la tupida red del Sindicato, del *Trusts* y de la Banca. Sólo nueve Bancos berlineses absorben el 49 por 100 de la total Banca alemana, y suponen cinco mil millones de marcos oro, mientras los demás Bancos, todos, disponen de millones cinco mil. Estos nueve privilegiados son dueños del Universo Mundo. Los reyes del petróleo, del papel, del acero, del carbón, son sus súbditos o dueños. El fracaso de la Libertad, del Derecho es claro mientras los tiranos del capital dispongan de las naciones. Disponen ellos del Parlamento, de la Banca, del Presupuesto, de la política. Finally es dueño de Francia, de su prensa, Dirige la función entre bastidores, tira de los hilos de sus muñecos: ministros, presidentes de República... Es la táctica jesuítica, pero inteligente y colosalmente poderosa. Todo, todo se mueve a su capricho. El mundo pertenece a veinte hombres. *E pur si muove*, dijo Galileo. «El mundo se mueve por nosotros y para nosotros», dicen Morgan, Rockefeller, Finally».

Los soldados murmuran, dudan.

«El yerno de Wilson, Mac Adoo—prosigue el orador, impávido—, ministro de Hacienda, es amo de los Sindicatos, que tienen por lacayos a ministros, diputados, senadores. El Estado capitalista es el Estado de los *trusts*, como el proletario es el de los obreros. (Aplausos). Los *trusts* arman las naciones, encargan los fusiles, las ametralladoras.

Cada país depende del otro. En uno se da el café, en otro el trigo, el hierro, etc. Inglaterra, por ejemplo, importa el 75, el 80 por 100 de su trigo, la mitad de su carne. La lucha entonces entre los *trusts* nacionalistas de productos distintos se convierte en trágica. Es otro paso hacia la guerra. Como el imperialismo financiero lo puede todo, amparado en los derechos de Aduanas, que votan por orden suya sus Parla-

mentos, pueden fácilmente expoliar a sus compatriotas y dominar a los extranjeros. Cuando la frontera aduanera es un estorbo, ¿qué pueden hacer y hacen los modernos Napoleones? Extender las fronteras. ¡Es la guerra!

Un estremecimiento de admiración agita, a los soldados. La enérgica afirmación del orador les alucina y subyuga.

Rodrigo Soriano

Moscou.

LA UNIDAD CHINA

Los tres sostenes de la Idea

—De La Libertad, Madrid—

Las últimas noticias dan por muerto o malherido a Chang-Tso-Lin en su retirada de Pekin. Con la toma de la capital, los nacionalistas casi habrán reconstruido la unidad china, al menos hasta la gran muralla, porque más arriba vigilan los japoneses para no perder las riquezas de Manchuria. Cuestión de tiempo el desalojarlos a ellos. Con tiempo y paciencia, el Sur dominó al Centro, y cuando el Kuomintang se dividió en dos tendencias, el Gobierno de Nankin puso remate a la oposición de Hankeu. Derribando obstáculos, los nacionalistas han proseguido la marcha hacia el Norte, y las tropas personales del dictador manchú se rebelan o están en franco retroceso.

Considerando el pleito a distancia, un ánimo no influido por intereses ni prejuicios pudo prever hace quince años su desenlace. Una de las partes representaba la Idea; la otra, la Fuerza, y el propio Napoleón declaró en sus días de mayor gloria que la primera siempre acaba por vencer a la última. No: los asuntos chinos son menos complicados de lo que se ha dicho. Sólo las traiciones de los generales y las intervenciones extranjeras los han estado complicando desde 1911; pero al través de esas dificultades ocasionales que de tiempo en tiempo detenían o moderaban la paciente marcha de las tropas nacionalistas era fácil observar que la Idea se abría amplio camino. Antes que las armas era ella quien asaltaba los campamentos enemigos o se instalaba en las ciudades. El impulso ejecutivo venía a continuación.

Tres factores esenciales estimulaban a realizar la unidad nacional de que fué apóstol Sun-Yat-Sen. La política china está inscrita en la carta del país, en los libros de contabilidad y en el corazón de los intelectuales. Caminos, Cámaras de Comercio y Universidades son más fuertes que la transitoria anarquía, que la ambición de los generales y que la codicia de las potencias.

Histórica y geográficamente, la China está representada por dos grandes regiones que divide el Yang-Tsi. De ahí las porfiadas luchas antiguas y recientes por dominar el gran río. Toda ventaja al norte de él era progreso para el Sur. Todo descenso por la orilla meridional era conquista del Norte. A un lado la amplia llanura fértilísima, enervante, transformadora y pacificadora de las hordas que las estepas mongólicas lanzaban sobre sus codiciados campos de trigo; al otro, el Mediodía montañoso, cálido y húmedo, con sus plantaciones de té, de moreras y de arrozales; con sus espíritus inquietos, revolucionarios, enemigos de la milenaria dinastía manchú hasta que la vieron vencida en nuestros días. Separando ambas zonas, pero también relacionándolas, el caudaloso Yang-Tsi, cuyos afluentes, proceden del Norte y del Sur.

Por él llegan al mar riquezas que exporta —seda y té—, y por él importa lo que al país falta para su abastecimiento. De sus márgenes y puertos arrancan los caminos que cruzan las planicies nortenas. El té busca de esa manera las rutas mongolas, el Transiberiano, y a va a perderse en las profundidades rusas; mientras que por Changai se va a Europa y a los territorios que pueblan los anglosajones de ambos mundos. En Changai embarca también la seda que codicia América y desembarcan los tejidos con que el Japón y los Estados Unidos visten a los chinos. Quien posee el Yang-Tsi es dueño de las relaciones con el exterior sin el cual la China no podría vivir.

Esto lo saben muy bien los comerciantes, que se exasperan de los privilegios que a cañonazos se otorgaron durante el siglo pasado los mercaderes occidentales; pero tampoco ignoran que la ruptura con ellos implicaría su ruina. El campesino puede vivir con su pescado, con su arroz y sus legumbres; ¿pero qué sería del comercio si el Extranjero dejase de comprar los lujosos artículos de la industria china: el té, negro o verde, la seda, blanca o amarilla? Los negociantes del Yan-Tsi, de Hankeu, de Changai; los de Cantón abajo y los de Tien-Tsin arriba, ponen todos idéntico interés: restringir los privilegios, pero conservar las relaciones; contener la anarquía de los generales, por quienes sienten desprecio; sostener a un Gobierno que defiende el orden, lo mismo contra los tukiens que contra los agitadores. Ni los boxers xenófobos, ni Chang-Tso-Lin con sus

pretorianos. Sus simpatías están con Nankin. Las Cámaras de Comercio representan la riqueza; pero no constituyen el número. Verdad es que el número aún significa poco. La multitud vive concentrada en su familia y en sus aldeas. Durante muchos siglos, en esa civilización uniforme, casi inmóvil, que se transforma con tanta lentitud, la opinión pública sólo fué expresión de los hombres de letras. Entonces como ahora se soporta al soldado y se admira el saber. Las letras van democratizándose, como todo. Hay un millón de estudiantes en las Universidades chinas, sin contar los que pululan en las europeas. En las aulas han adquirido conciencia de su fuerza y de lo que significa la unidad del país. Ellos nutren, sostienen, animan al Kuomintang y dan impulso al movimiento que se apodera de Hankeu o Changai, de Tien-Tsin o Pekín antes de que se presenten los ejércitos nacionalistas. Ellos, y no las derrotas, eclipsaron a tantos poderosos caudillos: Sun-Chuan-Fang, que hubo de entregar a Changai; Wu-Pei-Fu, obligado a ceder el Honan; ahora quizás Chang-Tso-Lin, el más temible de todos...

Caminos, Comercio y Universidades dominan la anarquía, vencen a los generales y acabarán por romper los iníquos Tratados impuestos a cañonazos.

M. Ciges Aparicio

Consultorio Optico "Rivera"

EXAMENES DE LA VISTA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención

en el desarrollo de recetas
de los señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO

MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA — CORREO 349

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa; más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO. Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

Página lírica

de Emilia Bernal

—Del tomo *Exaltación* (Poema sinfónico) Madrid. 1928—

El puente

¡Juguemos al puente!

¿Quisieras ser tú
un puente de piedra tendido en el río?

¡Quisiera ser yo
la sombra del puente bajo el agua azul!

Seremos los dos
un círculo solo de fuerza y de gracia.

¡Juguemos al puente!

¿Quieres jugar tú?

Lágrima

¿Qué grito será el mío cuando sin voz estoy?
¿Qué lágrima tan honda, si toda seca voy?

¿Qué fuego, ni qué llama, ni qué chispa
[arderá?
¿Ni qué palabra mía del labio saltará?

Toda pulpa de fruto y jugo de vid era,
toda zumo de oliva y guía de laurel,
y se secó mi huerto, y se pudrió mi era
y ahora, es ya muy tarde para vivir por él.

¿Qué grito será éste que rompa mis
[entrañas
y me vuelva a la vida y me aclare la hiel?

¡Qué lágrima tan íntima me tiembla en las
[entrañas!
¡Qué lágrima tan íntima me tiembla en todo
[el ser!

¡Qué lágrima tan íntima me tiembla en las
[pestañas...
¡Y me tiembla...! ¡Y me tiembla...! ¡Y no puede
[caer...!

Carrera

Tricana de Misarela

¡Ah! Yo la he visto correr. El pie ligero...
Un pie abajo... Otro arriba... Un pie abajo...
[Otro arriba...
Sin cesar... Corre... Corre... La falda al
[viento iba.
La falda, negra y amplia, zig-zaguando el
[sendero.

La manta y el pañuelo flotabanle. Primero
un brazo abajo iba... El otro brazo arriba...
Un pie y un brazo abajo... Un pie y un
[brazo arriba...
Corre... Corre... ¿Corría? ¡Volaba en el
[sendero!

¡Corre! ¡Corre! ¡Ligero! Sin volver la
[cabeza.
¡Adelante! ¡Adelante! ¡Qué ritmos de belleza
describía en las curvas su cuerpo de
[pagana!

¡Corre! ¡Corre! ¡Ligero! Levantando una nube
de polvo, que la sigue... Que la sigue...
[y que sube...
¡Sacaba luz al suelo el pie de la Tricana!

La cabrita

(Es ella, germá, soc jo)

Cuidala, pobrecita, es una cabra
recién nacida, blanca, quejumbrosa...
Asustadiza, tiembla a toda ruidito
y el pelo corto, aun no le calienta
el cuerpecito. Sólo come flores.

Por eso va dentro de un cesto lleno
de margaritas y de rosas blancas.

Cuidala, hermano, bien. Cuando se duerma
pasa a paso de lobo por su lado.
No le des de comer flores oscuras,
rojas, moradas ni color de sombra
porque se pone taciturna. Dale
campanillas azules y guirnalda
de perfumadas englantinas. Ponle
en el fondo del cesto, acurrucado
entre el pecho y las patas, un polluelo
de paloma torcaz arrulladora
para que el corazón no se le muera...

Hermano, ella soy yo, Te la confío
para que la ames como a mí me amas.

Diálogo entre la vida y el espíritu

(La madre ciega habla a su hijo que no ve
bien, mientras recorren una
senda oscura)

—¡Madre! ¡Madre! La aldea caminando
con sus lucecitas!

—No es la aldea, que son las ovejas
y la luz, el mirar que les brilla...

—¡Madre! ¡Madre! Las manos abiertas
saliendo, tan negras, del suelo, ¿qué piden?

—¡Hijo mío, son cepas. Son cepas que vienen
cargadas de vides...

—¡Madre mía! ¿Son niños
que roen collares de perlas...?

—¡No! Son ranas que croan,
hijo mío.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Por qué cuando hablas
el cerco del párpado se te ilumina...?

.....(Gran silencio)

¿Por qué no contestas...?
¡Madre mía!

La vaca ciega

Joan Maragall

Dando el testuz en un tronco y en otro,
por instinto avanzando hacia la aguada,
viene la vaca toda sola. Es ciega.
De una pedrada asaz bien dirigida
el rapaz le ha vaciado un ojo. El otro
se le empañó después. La vaca es ciega.
Va a la fuente a beber, como solía
no con el firme paso de otro tiempo,
ni con sus compañeras. Viene sola.
Sus hermanas por riscos y pendientes,
por prados silenciosos y riberas
hacen sonar la esquila mientras pacen
yerba fresca al azar. Ella caería.
Tropieza el morro en el tazón gastado,
retrocede asustada, pero torna,
baja la testa al agua, en calma bebe;
mas no con mucha sed. Levanta luego
al cielo la cornuda, enorme testa
con un trágico gesto, parpadea
sobre los muertos ojos y se vuelve
huérfana de la luz del sol que abrasa,
vacilante en la senda inolvidable,
la larga cola, lánguida, blandiendo.

Invocación al viento

Joaquín Folguera

¡Oh viento!
te amo salvaje enredador de rosas,
de las briznas amable amasador;
¡Oh viento!
revuelve las palabras cual las rosas,
por mi espíritu cruza amasador;
¡Oh viento!
al arce y la gatuña azota y pasa
a ras de la arboleda escarpador;
¡Oh viento!
teje la trenza de mi goce, arrasa
la yerba del olvido azotador;
¡Oh viento!
vibra sobre el juncal hecho sonidos,
en la chopera zumba encorvador;
¡Oh viento!
haz mi orgulloso caer, de mis sentidos
sobre el juncal desciende pulsador.

La voluptuosidad de la muerte

Joaquín Folguera

La muerte, ahora, con sus bocadas
me circunda, Señor, y no me toca.
Del mundo en la penumbra perdí el límite
y de las cosas el contacto fino.
Siento que me despoja a cada embate
de un rastro humano, y sin embargo no osa
en mi pudor acometerme. Se echa
cansada junto a mí. Después me mira
con la mirada que es hábito muy puro.
Graciosa se alza y otra vez se vuelve
hasta diluir mi aliento por el aire
cálido del calor que irradia ella.
Nunca me abraza, mas me lleva siempre
un jirón de la vida, que es ahora
débil y pura hasta el instante en que
bajo su beso dulce, eternamente,
y desnuda, la tenga entre sus brazos.

Regreso al hogar

Guerra Junqueiro

¡Ay! ¿Ha cuántos años que salí llorando
de éste mi saudoso, cariñoso lar?
¿Hace veinte? ¿Treinta? ¡Ni yo sé ya cuándo!
¡Oh, mi vieja nana que me estás mirando,
cántame cantigas para recordar!

Le di vuelta al mundo, di vuelta a la vida.
Sólo encontré engaño, descepción, pesar.
¡Oh, la ingenua alma, ya tan abatida!
¡Cántame cantigas mi nana querida,
cántame cantigas para dormir!

Traigo el corazón amargo y deshecho.
Ve qué pena honda me empaña el mirar.
Nunca yo saliera de mi nido estrecho.
¡Oh, mi vieja nana que me diste el pecho,
para embelesarme cántame un cantar!

Del nido en la trama Dios me puso otrora
pedrería de astros, gemas de luar,
y me lo robaron todo, vé, y ahora
soy un pobrecito, nana mía, ahora
¡cántame cantigas que me hagan llorar!

Como antiguamente, en el seno amado,
(Vengo muerto, muerto) déjame acostar.
¡Ah, tu rapacito cómo está cambiado!
¡Ah, mi vieja nana, cómo está cambiado!
¡Cántame cantigas que me hagan soñar!

Cántame cantigas mansamente, manso,
tristes cual la noche, tristes como el mar!
Cántame cantigas para ver si alcanzo
que el alma me duerma en paz y descanso
hasta que la muerte me venga a buscar!

(Del libro *Os Simples*)

Peces de agua dulce

—Tomado de *El Maestro*, Tomo II, N.º 9; con ligeras modificaciones hechas por el autor.—

TIENE el mundo de las aguas un atractivo especial para los niños y los viejos que reciben nuevas impresiones al entrar en el contacto de la vida o al despedirse de ella, sin haber contemplado todos los encantos que la Naturaleza encierra en su variedad infinita de formas, movimientos y matices: a la orilla de una fuente, contra los cristales de un acuario, pasan los niños horas enteras absortos en el movimiento de los peces, observando la manera de comer y respirar, sin explicarse cómo pueden vivir esos animalitos en el agua, tan alegres siempre, tan activos, tan juguetones, a veces tan pugnaces como los hombres, cuando se disputan un mendrugo de pan; para las personas mayores, conocedoras de los fenómenos biológicos, el encanto consiste en la pesca por las tardes, no con miras lucrativas, sino para respirar el aire puro del campo y descansar del trajín ordinario, olvidándose por algunas horas de las decepciones que a diario se reciben.

En la altiplanicie central de Costa Rica sólo se hallan olominas, barbudos y sardinas, procedentes de formas costeñas, que varían mucho en tamaño y colorido por su adaptación al ambiente estrecho y torrencioso, que reduce el tamaño y cambia los matices, de acuerdo con la luz que reciben en alturas mayores de mil metros o poco menos, donde los peces pequeños se ven obligados a permanecer durante los meses de la estación seca.

Rhamdia rogersi (Regan).—Son los barbudos peces sin escamas, alargados, de cabeza ancha y aplanada, boca grande, ojos negros, relativamente pequeños; tienen el hocico dotado de 6 tentáculos, dos largos arriba y cuatro pequeños en la mandíbula inferior, flexibles, que les sirven para explorar las cavidades de las piedras donde se ocultan. El pecho y el abdomen son medio aplanados, de color menos moreno que el dorso; sólo en la región posterior, cerca de la cola, presentan la forma de quilla: todo su cuerpo sugiere una vida agazapada, de retraimiento diurno en agujeros y re-

mansos de fondo lodoso. Durante las primeras lluvias de abril y mayo aprovechan la suciedad de las aguas para subir por el cauce de los ríos hasta los riachuelos menores para depositar allí sus huevos; y no es raro que asciendan por las depresiones de los potreros y desagües durante los aguaceros torrenciales, quedándose barados por miles, en el zacate, al terminar el deslice de las aguas pluviales. La gente de los campos juntan los barbudos en canastos para llevarlos al mercado de la capital, y aseguran que revientan del suelo con los primeros truenos; tal es el afán de atribuir a los fenómenos naturales un origen misterioso, cerrando los ojos a la investigación directa, que es la fuente de todo conocimiento verdadero.

Habita esta especie en ambas vertientes del país, es de color moreno bronceado y crece de diez a veinte centímetros, a veces hasta 26 cents.; las hembras, durante el desove, tienen el abdomen abultado y ponen hasta 6,500 huevos, que el macho fecunda en las yerbas acuáticas sumergidas, donde quedan depositados para su fecundación y desarrollo, hasta el nacimiento de los barbudos. Esa fecundidad prodigiosa contrarresta la destrucción de huevos y peces recién nacidos que hacen las ranas y sapos, las olominas del género *Priapichthys* y muchos insectos que viven en el agua; los mismos barbudos son animales terribles para devorar otros peces de menor tamaño.

La fecundidad de las carpas alemanas es de 30,000 huevos, en ejemplares bien desarrollados, y en un bacalao que pese más de 30 kilos llega el número de huevos a la fabulosa suma de nueve millones.

A pesar de que nuestros barbudos apenas llegan al peso de cien gramos o poco más, como son tan abundantes en los meses de abril, mayo y junio, su carne es muy apetecida, cuando se dispone de una docena de ellos: no tiene espinas rígidas en las aletas del frente, como otros peces congénicos de la costa, lo cual aumenta su mérito desde el punto de vista alimenticio;

por otra parte, cogen con voracidad el anzuelo al comienzo de la estación lluviosa, y su pesca resulta entretenida, lucrativa y fácil en los ríos y quebradas de la meseta central. Para cogerlos se usan como cebo, en los anzuelos, las lombrices de tierra.

Carassius auratus (Linn.).—Las carpas doradas proceden del oriente, donde las cuidan en estanques preparados ex profeso; los príncipes del Celeste Imperio las mantienen en lujosos vasos de porcelana, dedicándolas los mayores cuidados, para contemplar sus graciosos movimientos. En el Japón se consideran como el mejor adorno, luciendo en redomas de vidrio el oro bruñido de estos peccecitos encantadores.

La importación a Europa de las carpas doradas se atribuye a los portugueses, en el siglo XVII. Hoy se hallan extendidas por todos los pueblos civilizados y son objeto del comercio, como adorno en los palacios; jardines públicos y casas particulares las conservan en peceras de cristal, provistas de plantas acuáticas, cuyas raíces sirven a los peces para depositar allí sus huevecillos. Como alimento les proporcionan larvas de insectos, mendrugos de pan bien tostado, etc., pero nunca en cantidad abundante, por que el demasiado alimento descompone el agua y pone en peligro la vida de los peces.

Para mantener carpas vivas por largo tiempo, en receptáculos limitados, es necesario cambiarles el agua diariamente y airear el líquido por medio de un fuelle de punta fina; en los estanques espaciosos, dotados de plantas acuáticas, los vegetales se encargan de introducir el aire en el elemento líquido, especialmente las algas, que los peces comen con deleite. Por lo demás, conviene no inquietar los peces con frecuencia, para que vivan sanos y contentos. Les gusta estar reunidos, dos o tres en acuarios de cortas dimensiones; en estanques espaciosos pueden tenerse por centenares, por ser de costumbres muy sociables y no atacan a los pequeñuelos; así se reproducen con abundancia verdaderamente prodigiosa; cuando se hallan solos se afligen a tal extremo que casi siempre mueren a los pocos días. Cuidados con solícitud se acostumbran pronto al trato de su dueño; los chinos enseñan a las carpas doradas a tomar alimento de la mano, y en los grandes acuarios aprenden luego a recibir la comida que se les anuncia por medio de una campanilla.

Mudo como un pez, se dice, y sin embargo pocos animales son tan expresivos como las carpas doradas para manifestar el placer que sienten cuando se les renueva el agua, cuando se coloca en la vasija un nuevo compañero o cuando se acerca un espejo al recipiente de cristal en que se hallan, suben, bajan y se agitan, moviendo con donaire sus grandes aletas doradas; cuando sienten cansancio se mueven pesadamente, afloran a la superficie del agua, abren el hocico con lentitud, como si la asfixia tocara las paredes de su prisión.

La selección y el cautiverio han logrado el tipo color de oro reluciente y uniforme; pero la libertad relativa mancha las carpas doradas de rojo, blanco y negro. En estado de abandono toman un color de tierra, crecen más de lo co-



El Dr. Seth E. Meek pesca en el río Torres, año de 1912

riente y pierden el encanto de sus progenitores, desde el punto de vista decorativo.

Astyanax albeolus (Eigenmann).—Sardina plateada de diez centímetros de largo, cabeza corta, boca pequeña, ojos grandes, de iris color de plata, que hace resaltar la pupila negra como azabache; el cuerpo es alargado, angosto y ligeramente plano en los costados. Tiene aletas largas, de forma graciosa, transparentes, bañadas con un tinte salmón; la caudal es bilobada y presenta en su base una mancha negra como terminación de la columna vertebral. Viven estas sardinas en compañía de los barbudos y olominas, en riachuelos de poca profundidad, donde suben y bajan en patrullas, como deben hacerlo todos los peces durante los cambios de estación. Probablemente necesitan una temperatura en el agua mayor de 20 grados centígrados, pues abundan en Lagunillas, Las Cañas, quebrada del Tigre, Siquiáres, río Machuca, Turrubares y otras aguas templadas de la vertiente del Pacífico, cuya temperatura fluctúa entre 21 y 24 grados. A menor cantidad de agua, la influencia atmosférica es siempre mayor; el calor del aire, tan variable como es, afecta la superficie, pero en profundidades mayores de un metro, se conservan las aguas relativamente frescas, cuando el caudal procede de grandes alturas y tiene una corriente rápida. Hay otro factor que debe tenerse en cuenta: las mieles del café, durante la estación seca, afectan el agua de nuestros ríos y los peces pequeños se remontan a los riachuelos, donde encuentran condiciones favorables para su desarrollo y propagación. También influye la altura sobre el nivel del mar, pues mientras las carpas doradas crecen y se propagan mucho hasta una altura de 1,650 metros, las sardinas ascienden apenas a 900 m. En la vertiente del Atlántico hay otra especie, muy semejante en su forma y costumbres, que habita la cuenca del río Reventazón y los riachuelos de las llanuras al Nordeste del país.

Brachyrhaphis olomina (Meek).—Viven las olominas en el remanso de las quebradas y riachuelos, donde escapan de los peces mayores y protegen sus crías entre las raíces de yerbas acuáticas, en ambas vertientes, desde las orillas del mar hasta una altura mayor de mil metros. El cuerpo de las hembras es corto y abultado, por ser vivíparas que se aparean e incuban los huevos fecundados en el abdomen; al nacer las olominitas, de un centímetro de largo, se presentan ágiles y diestras para buscar por sí solas el sustento como los ejemplares adultos. Las escamas del dorso y laterales están bordadas de negro, formando en su conjunto graciosos rombos pequeños, característicos de la especie a que nos referimos. En su estado adulto alcanzan estos pececitos cincuenta milímetros de largo; los machos son mucho más pequeños y se reconocen por tener el cuerpo alargado y la aleta anal larga y angosta; son muy ágiles en sus movimientos, lo cual les permite huir con facilidad de sus perseguidores.

De todos los peces pequeños, son nuestras olominas las más destructoras de larvas de zancudo: en cien estómagos examinados en el campo se encontraron masas compactas de larvas de insectos, especialmente de mosquitos, por lo cual se consideran estos pececillos como altamente protectores de la salubridad pública, como combatientes del paludismo, el dengue y la fiebre amarilla. Cuando se les echan, en cautiverio, por vía de ensayo, larvas de zancudo, las devoran con suma rapidez, una tras otra, por ser su bocado favorito en el estado libre. Su voracidad por los alimentos animales es tal, que si echamos una lombriz de tierra en el agua, atada con un hilo, la muerden

y se quedan trabadas, cual si fueran perros de presa: así se pueden pescar olominas de los géneros *Brachyrhaphis* y *Priapichthys* con gran facilidad y en número considerable, cuando no se tiene una red preparada expreso.

Todas nuestras fuentes públicas, que son el encanto de los parques, debieran tener muchas olominas, pues cuando la temperatura del aire sube a 30 grados, durante los grandes calores del estío, el agua se mantiene a 22°, aunque se halle expuesta a los rayos del sol. Así las olominas viven satisfechas, se alimentan con algas que crecen espontáneas en las paredes del estanque, y destruyen todas las larvas de zancudo que pudieran desarrollarse en esos depósitos de relativo estancamiento. Todos los pueblos cultos consideran estos pequeños detalles de la vida como la nota fina de la civilización moderna, en medio del vértigo de los negocios y del acaparamiento de riquezas, que pierden su atractivo cuando no van acompañados de los goces sublimes del alma.

Mollienisia sphenops tropica (Meek).—Debido a la semejanza en tamaño y apariencia de esta especie con la precedente, el público las confunde con el nombre general de olominas; mas si las comparamos de cerca encontraremos una diferencia tan notable, que ni siquiera resultan congénéricas: en esta especie, las escamas carecen del borde negro, y en lugar de rombos presenta variados matices y manchas de color nacarado, más o menos relucientes según la luz que reciben. Con frecuencia aparece una mancha negra en la base de la aleta dorsal; a veces pintas negras en la cola y costados, y no es raro ver ejemplares que tienen la aleta dorsal rojiza, de color amarillo de oro, o ésta, la caudal, y aun la anal ricamente bañadas con un tinte amarillo de limón. El hocico es abusado, y cuando mueren estiran los labios y se quedan con la boca abierta; mientras la especie anterior cierra casi siempre la boca y aprieta los dientes para morir. Además, como esta variedad vive desde 1500 metros de altura

sobre el nivel del mar hasta la costa misma, en ambas vertientes, su tamaño varía mucho, llegando a alcanzar 88 milímetros de largo, en los ejemplares adultos de la región costera. Esta gran divergencia de estatura y colorido ha ocasionado la descripción de algunas especies nuevas que luego los mismos naturalistas han tenido que refundir en una sola: tal es la influencia del ambiente en estos pececitos, que tienen facilidad para ascender por el curso de nuestros ríos, desde su desembocadura en el mar hasta las fuentes que los originan.

Hay en Costa Rica más de setenta especies de olominas, barbudos, cuminales, ojos blancos, mojaras, guapotes, guavinas, tepemechín, semejante a la trucha del Norte, bobos, róbalos y otros peces de agua dulce que no llegan a las altiplanicies, pues con raras excepciones, viven en la región baja y cálida de una u otra vertiente, descendiendo muchos de ellos hasta entrar en las aguas salobres contiguas a la desembocadura de los ríos. La pesca con chinchorros es, en tales casos, siempre lucrativa por la abundancia de peces grandes que tienen valor comercial; mas para los efectos de estudio todos son igualmente interesantes, y las formas pequeñas de los riachuelos se prestan mejor para tenerlas en cautiverio, donde pueden observarse de cerca su conformación y manera de vivir.

Debemos al Dr. Seth E. Meek la clasificación de nuestros peces de agua dulce, pues aunque otros naturalistas como el Dr. C. T. Regan, del Museo Británico de Londres, estudiaron antes algunas especies, el entusiasmo del Dr. Meek llegó al extremo de venir en 1912 para coleccionar personalmente en las llanuras de Santa Clara, en el valle de San José y en los ríos de Orotina. Por desgracia aquel notable hombre de ciencia murió poco tiempo después y sus estudios quedaron sin terminarse, mientras otro de los especialistas no reanude las interrumpidas investigaciones. Entre tanto, procuraremos dar a los lectores del magisterio algunos detalles de las especies conocidas, que servirán de base para futuras exploraciones ictiológicas.

Anastasio Alfaro

San José Costa Rica

Un drama de Anatole France

El grande Anatole France, cuando apenas cumplía los veinte años empezó a escribir, en versos que ya hacían presagiar su magnífica prosa futura, un drama cuyo título es: *Sir Punch*.

Inspiración byroniana y, en consecuencia, shakesperiana, se evidencia en cada una de las pocas escenas de esta obra de juventud que quedó sin terminar, apesar de haber vivido su autor muchos años después de haberla comenzado.

También el viejo Hugo deja ver su poderosa influencia al través de las frases que de este drama nos quedan: un Víctor Hugo del *Roi s'amuse*, lírico y a la vez fantástico, romántico y sensual a un tiempo mismo.

En Londres: una mujer, Catalina, un hombre, su marido, Sir Punch y otro hombre que, seguramente, ha de vencer las timideces amorosas de la fiel señora: don Juan, el de Mañara inolvidable y olvidadizo.

El marido, con una despreocupación admirable, se describe a sí mismo sin dejarnos lugar a duda en cuanto a sus méritos como marido molieresco:

Soy la risa enorme, dice, eterna, triunfante, soy un gran moralista siendo un magnífico sujeto; lógico soy, exacto en demasía; mis hechos y mis gestas enmiendan los cá-

nones, corrigen los digestos. Soy de los que ponen arte en la Justicia, soy de los que saben cincelar los códigos y esculpir las leyes; al pasar, y sin darme mucha importancia, corrijo los considerandos incorrectos y coloco, sin ostentación, mi nombre al margen de las pandectas. A mi lado, don Juan es un hombre normal: no es ya un héroe, es tan sólo un caballero galán.

Son las doce de la noche, el aire londinense, húmedo, denso, gris viste a los mortales de niebla y de spleen que, sin duda, es la niebla del espíritu. Esa frialdad en el ambiente hace que Sir Punch recuerde Nápoles, la patria suya de seno immaculado. Y la pudibunda Catalina, olvidando sus escrúpulos lo incita a encontrar la blancura de luz y de mármol de Nápoles en sus brazos que son de alabastro y de fuego, en su frente que tiene la blancura de la ciudad partenopea, en sus ojos saturados de cielo meridional, en sus cabellos semejantes a rayos de sol matutino, en su alma que está hirviendo como las lavas todas del inquieto Vesubio. A Punch satisfacen, a medias, aquellas declaraciones; las rechaza por ahora puesto que ante los ojos pensativos y ante la rubia dulzura de aquella Venus de su raza siente que ama como se estima un

vaso de Bohemia por su contorno exquisito, por su fragilidad inaudita.

Y Punch, ante esa delicadeza de cristal, se siente fuerte, muy fuerte; me llamo, dice, me llamo revolución, me han impuesto la tarea ingrata y austera de ser el guante que Satán lanza, en ademán de desafío hacia allá en donde termina la tierra y empiezan los cielos.

La rebelión viviente ahoga los propios anhelos en buen vino que desata su lengua: cuenta las pasadas aventuras, en las asperas montañas calabresas en donde la luna colgaba relámpagos de las puntas de los sables, en Pompeya, la enigmática, en cuyas ruinas bebió de un ánfora enorme el vino exquisito destinado a un rey...

Tantas aventuras traen a la mente de la inquieta esposa la inolvidable figura de don Juan, el hombre de alma fría y rígida como una joya para quien toda mujer es un espejo magnífico en el que no ve otra cosa que la propia e invencible potencia de seducción.

Sir Punch que conoce a su mujer, que sabe de psicología femenina más de cuanto aprendió en sus correrías por el sur de Italia, exclama en un arranque de franqueza resignada:

—También tú, Catalina adorada, también tú caerás en sus brazos. Basta que, ante tus ojos, haga brillar las mágicas llamardas del hermoso collar de doña Elvira.

Y le dice cómo está hecho ese collar: lloraba de amor la desconsolada doña Elvira, lejos del pálido seductor; lágrimas amargas corrían por sus mejillas de suavidad de albaricoque. El diablo que siempre ronda por los lugares endonde hay amor confiado y endonde hay amor herido, lanzó su aliento seductor sobre aquellas lágrimas convirtiéndolas—para desesperación de otras mujeres ingenuas—en perlas de Oriente y en diamantes del Sur. Y ese collar, desde entonces, llora, llora continuamente; cada una de sus piedras, al brillar, refleja el dolor de un alma que formado está de matices escarlata, matices ultramarinos, y matices de noche: sangre, amor y muerte que rodean las vagas miradas de los amantes felices y las pupilas enlutadas de aquellos que aman sin esperanza.

Collar mágico que domina todas las voluntades femeninas, frío y rígido como toda joya que no puede ser lucida por un pecho puro ni puede engalanar un altar immaculado: nació del soplo ingrato de Satán, en su origen está su pecado que es de maldición.

Y Catalina, inteligente y perversa, quiere que Punch robe, para ella, el collar de perlas que son lágrimas y de diamantes que son desesperaciones.

Es necesario para su belleza turbadora a la que no bastan ya las miradas traviesas, las sonrisas maliciosas ni los movimientos incitantes. Sobre la blancura de su cuello soberbio crecerá la virtud de la joya maléfica; bajo el fuego de las bujías ejercen, sus espaldas desnudas, mágicas sugerencias de placer, con el dulce peso del collar de doña Elvira esas mismas blancas espaldas han de sentirse capaces de trastornar los destinos de la tierra y de los hombres.

Y para decidir al buen esposo a que se arriesgue en la nueva y original empresa despierta el recuerdo del valiente Jasón, quien caminó sobre las ondas en conquista atrevida del áureo vellocino; evoca el nombre de Artús, el caballero entre caballeros, que atravesó el mar en busca del Anfora consagrada por la sangre divina del Redentor; y cita a Hércules que caminó sobre las ardientes arenas para robar el fruto prohibido del jardín de las espérides; y a Pizarro y a Cortés heroicos aventureros que con el oro de un mundo nuevo cubrieron sus más bellas esperanzas; todos, todos ellos iban

Dos poemas de Eugenia Torres

Hay días...

Hay días de tal desconsuelo,
que, mi alma, inerte,
inmovilizada en hoscó retiro,
no vibra, ni siente...

Afónica, sólo con un gesto huraño,
comenta el ruidoso, el alegre
bullir de la vida
que desgrana sus risas, en frente...

¡Rebelde actitud silenciosa!
Nada la conmueve...
¡Sueño congajoso, obstinado;
algo parecido a la muerte!

Hay días glaciales; sombrío abandono,
ata en su parálisis el cuerpo y la mente;
las ideas, se estancan heladas,
y, hasta el corazón se suspende...

¡Recuerdos, fantasmas confusos!
—el tuyo entre todos se pierde—
y en mi decadencia, se aflojan
los lazos más fuertes.

En estos desmayos de todo mi ser,
serías tú mismo impotente
para producir reacción bienhechora
en mi abatimiento rebelde...

Mas, si del milagro, la increíble rosa
pudiérase abrir de repente,
y, tú, inesperado, llegarás a mí,
en un día de esos que la sombra envuelve
afónica, el alma, hablaría en lágrimas,
y, mi cuerpo inerte,
al secar tus labios mis párpados húmedos
y, poner su beso—estrella en mi frente,
cobraría una fuerza momentánea,
sostendría tu hombro mi cal-eza débil,
y en él, apoyada,
gozaría el supremo deleite
de perder la vida, como desangrándola
en un dulce sueño, insensiblemente
al oír tu voz rumorosa:
«Duerme, Amada, duerme...»

Managua, 6 de Junio - 1928.

Crepuscular

grandes conflictos a su muerte
que, cae, como la cosa más natural.

«Partir, c'est mourir un peu»...
—dijo el poeta—, y es verdad:
desde que nos alejamos,
es nuestra muerte gradual
en los que lloraron nuestra despedida
seguros, sin embargo, de vernos regresar.

Rasgos que se desvanecen
como el púrpura, en el cendal
de la bella nube que se destaca
en la opulencia crepuscular...

Mas, no sé porqué a esta hora,
y en esta tierra tropical
que pone fuego en las venas,
me ha dado por pensar
en los seres distantes... en la muerte,
como si ya
estuviera segando su guadaña
mi vida triunfal...

¿Será por el cielo gris perla?...
¿Es tan bello de contemplar!...
¿Por los árboles ondeantes?...
¿Si es su ritmo de paz!...

Acaso... ¿por el Angelus,
que con su toque conmovió mi soledad?...

¡No sé... pero creí que agonizaba,
y he sentido ganas de llorar!...

Eugenia Clara

Managua, a 16 de Junio 1928.

en busca de algo que valía menos que el
collar de doña Elvira.

Y el complaciente marido se aleja decidido en busca del nuevo talismán amoroso.

Aprovechando su ausencia, un individuo, que dice llamarse don Juan y que afirma ser grande de España, entra por la ventana valiéndose de la complicidad inocente de la luna.

Piensa ella, la calculadora y la ambiciosa, que necesario es entretener al dueño del collar maravilloso mientras el marido trata de robarle aquella joya que tantos milagros de amor ha realizado.

Naturalmente, en honor a la apariencia delatora, le suplica alejarse enseguida de

aquel hogar santificado por el cariño y por la fidelidad.

Y don Juan, para quien no hubo nunca sitios sagrados, le habla de sus ansias: si necesario es morir, desea hacerlo en modo que su aliento postrero se exhale en un beso amoroso dado contra el borrego de la dama, dulcemente, dulcemente.

Ella, coqueta e ingenua a la vez, le dice que sus ojos, no acostumbrados a desvelarse se cierran y le suplica ir a morir lejos, lejos de ella.

Y entonces, el afortunado conquistador, la autoriza para que sus pupilas de oro, en una suave indolencia se sumerjan; le promete morir en silencio, a su lado, mientras

ella duerme. Recuerda a Hamlet, el príncipe cuyos pensamientos vagan confusamente en atmósfera de angustia, de poesía y de tristeza. Evoca aquella melancolía enigmática, Cordelia: melancolía que odia la mentira y la falsedad; melancolía saturada de enérgica decisión a pesar de que no logra ser nunca resueltamente decidida.

Hamlet dijo: morir, dormir; dormir, soñar acaso y don Juan en su afán de ser amable agregó: quién sabe, de mi muerte, cuáles y cuántos ensueños han de nacer!

Al pedirle ella que abandone la posición humilde, exclama el conquistador en un grito de falsa modestia: Jamás, jamás. Don Juan debe morir de rodillas!

Ella trata de hacerle algunas reflexiones, desea que vea en ella a una mujer de su casa, hacendosa, honrada y empieza a enumerarle sus infinitas y pequeñas ocupaciones diarias...

El drama quedó interrumpido, allí hacia 1864 y así lo dejó, a su muerte, el grande e inolvidable Anatole France.

La amarga audacia de don Juan, la suave tolerancia, escéptica virtud, de Catalina, el amor generoso hacia la acción que siente Puff no se manifiestan en su extrema sinceridad.

Interesante sería, sin duda, conocer el sendero por el cual la imaginación de France habría guiado a sus tres personajes tan excepcionalmente característicos.

¿Cómo habría sondeado el enigma de aquellas tres almas unidas por la casualidad en un momento en el que talvez han de per-

der la paz del corazón, la santa, sencilla y la humilde pureza?

No hay alegría sino en la ilusión dice el mismo France en su admirable *Pozo de Santa Clara*. ¿Logrará Catalina perder la hermosa y sana alegría de que goza en su ilusión sincera de ser honrada y fiel? ¿Llegará el adversario, en forma de don Juan, hasta hacerle conocer la verdad de las cosas, hasta inocularle la terrible angustia del mal de amores, más trágico aún que el dolor de pensar?

¿Caerá Catalina en los brazos hospitalarios de don Juan añadiendo así un nombre más a la lista de mujeres en las que se mira, como en un espejo, la insolente vanidad del conquistador?

¿Avanzará la ironía del autor hasta el límite en el que se transforma en piedad? Porque don Juan puede enamorarse sinceramente y doblegar su voluntad ante los caprichos vengadores de Catalina.

Y mientras la mujer avasalla al eterno tentador, el marido se apodera del collar de lágrimas que ha de embellecer las carnes sonrosadas de quien no lo necesita para vencer, por el amor, hasta al invencible, invencible como el deseo.

¿Dominarán las voluptuosidades breves, fugitivas, violentas y amargas de don Juan o se impondrán los matices delicados que surgen, a cada instante, de las frases ingenuas y maliciosas de Catalina?

¿Sufrirá un engaño odioso el crédulo Puff o será don Juan víctima de sus propios ardides?

Secreto angustioso cuya revelación está más allá de la tumba: en la región de los inmortales.

José Fabio Garnier

San José, Costa Rica

Tablero

=1928=

Nos remite Blanco Fombona un ejemplar de su último libro: *Tragedias grotescas*. Novelinas de la fe, del amor, de la maldad y de la estupidez. EDITORIAL AMÉRICA. Madrid.

En otra parte reproducimos un admirable cuento de esta obra y en la entrega próxima, un juicio acertado de la misma obra.

Blanco Fombona, mil gracias. Suyo siempre.

Hemos recibido, y muy agradecidos:

De OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA: *Emociones y Evocaciones*. Casa editorial Franco-Ibero-Americana. París.

De JOSÉ VARA LLANOS: *El hombre del Ande que asesinó su esperanza*. Poemas unilaterales. Lima. Perú. 1928.

Del agudo JULIO CAMBA: *Sobre casi nada*. Espasa-Calpe. S. A. Madrid.

De Mr. CARLETON BEALS: *Brimstone ana Chili*. A Book of Personal Experiences in the Southwest and in Mexico. New York. Alfred A. Knopf. 1927.

De PASTOR DEL RÍO: *Hombres y orientaciones*. Prólogo de Armando Leyva. Habana. 1928.

De G. URIBE ARANGO, profesor del Gimnasio Moderno (Bogotá): *La lectura sin*

Cartilla. Según las ideas del Dr. Ovide Decroly. Edit. de CROMOS. Bogotá. 1928.

De R. Blanco Fombona: F. CARMONA NENCLARES: *Vida y literatura de Rufino Blanco Fombona*. Editorial MUNDO LATINO. Madrid. 1928.

De EMILIA BERNAL: *Cuestiones cubanas*. Para América. Madrid. 1928. — *Exaltación* (Poema sinfónico). Madrid.

De la BIBLIOTECA NUEVA (Lista, núm. 66. Madrid). E. Giménez Caballero: *Yo, inspector de alcantarillas*. (Epiplasmas). Biblioteca Nueva. 1928.

De la COOPERATIVA BANANERA COSTARRICENSE: Certamen del Patriotismo: *Trabajos y Opiniones* sobre las cuestiones agraria y ferrocarrilera, en relación con las concesiones extranjeras en Costa Rica. 15 de mayo, 1928. San José, C. R.

Direcciones de revistas españolas de nueva literatura: *Papel de aleluyas*. Gobernador Alonso, 1. Huelva. — *Gallo*. Granada. (Diríjase a Federico García Lorca). — *Meseta*. Constitución, 14. Valladolid. — *Mediodía*. San Vicente, 22. Sevilla. — *Litoral*. Imprenta Sur. Málaga.

Referencia.—Al terminar la lectura del libro admirable de Renet y Castro¹, pienso en la sintética frase de Menéndez y Pelayo

¹ *Vida de Lope de Vega*, por Hugo A. Renet y Américo Castro. Madrid. 1919.

y la aplico a la turbulenta y ardorosa humanidad de Lope de Vega.—Cita de José María Chacón y Calvo.

Nos llega el Núm. 2 del Año I de *Índice de Libros*. Viene de Madrid y es un útil mensual de Bibliografía. ¿Quiere Ud. recibirlo gratuitamente? Solicítelo entonces al administrador: Prado, 14. Madrid (España).

Etimologías.—Propina viene de *propinare*, convidar a beber. El francés *pour-boire* ha romanceado exactamente el origen etimológico. Mas este sentido original de merced o donativo gracioso se ha convertido, por efecto de la costumbre, en renumeración ordinaria.

Salario viene de *salarium*, y más remotamente de sal, el condimento de la alimentación; por ampliación, la paga para la comida, la congrua del obrero.

La voz *honorarios* es la obra maestra de esta distinción jerárquica entre las pagas. Es la ofrenda presentada *ad honorem* por el cliente, agradecido, a su patrono.—Citas de Luis Araquistáin.

Anécdota.—Hace ya muchos años fui a ver a Juan Maragall en su casita de San Gervasio—éste es un buen recuerdo de juventud que me gusta desempolvar—. Tenía el gran poeta seis hijas mayorcitas y luego seis hijos, todos pequeños. Al despedirse de ellos para salir un momento conmigo, todos le besaron. «Los confundiré usted»—le dije. «Cada beso—me contestó Maragall—da distinto sabor».—Contada por Luis Bello.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA 25.

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias

Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BRILAUNDE.

Número suelto..... UN SOL

Apartado N.º 176. Lima Perú

Me preparaba en Sevilla, después de una permanencia de pocos días, durante la cual había recorrido un tanto premurosamente los lugares más dignos de ser visitados, cuando el mozo del ascensor en el hotel de París, viéndome empeñado en andanzas de partida inmediata, me preguntó si había ido ya al parque María Luisa. Al saber que esa parte de la ciudad había quedado fuera de mis preambulaciones, me aconsejó discretamente que demorase mi salida por unas horas, si no tenía gran prisa, y fuera allí no sólo por conocer el sitio, en realidad muy hermoso, sino también para que me enterase de los obras que estaban llevando a cabo. Fuí. A la impresión fascinadora de belleza natural realzada por quienes cuidaban de árboles y plantas de jardín, se añadió la sorpresa de las obras arquitectónicas ya terminadas algunas y otras en construcción, destinadas a la exposición hispano-americana, hoy todavía en proyecto.

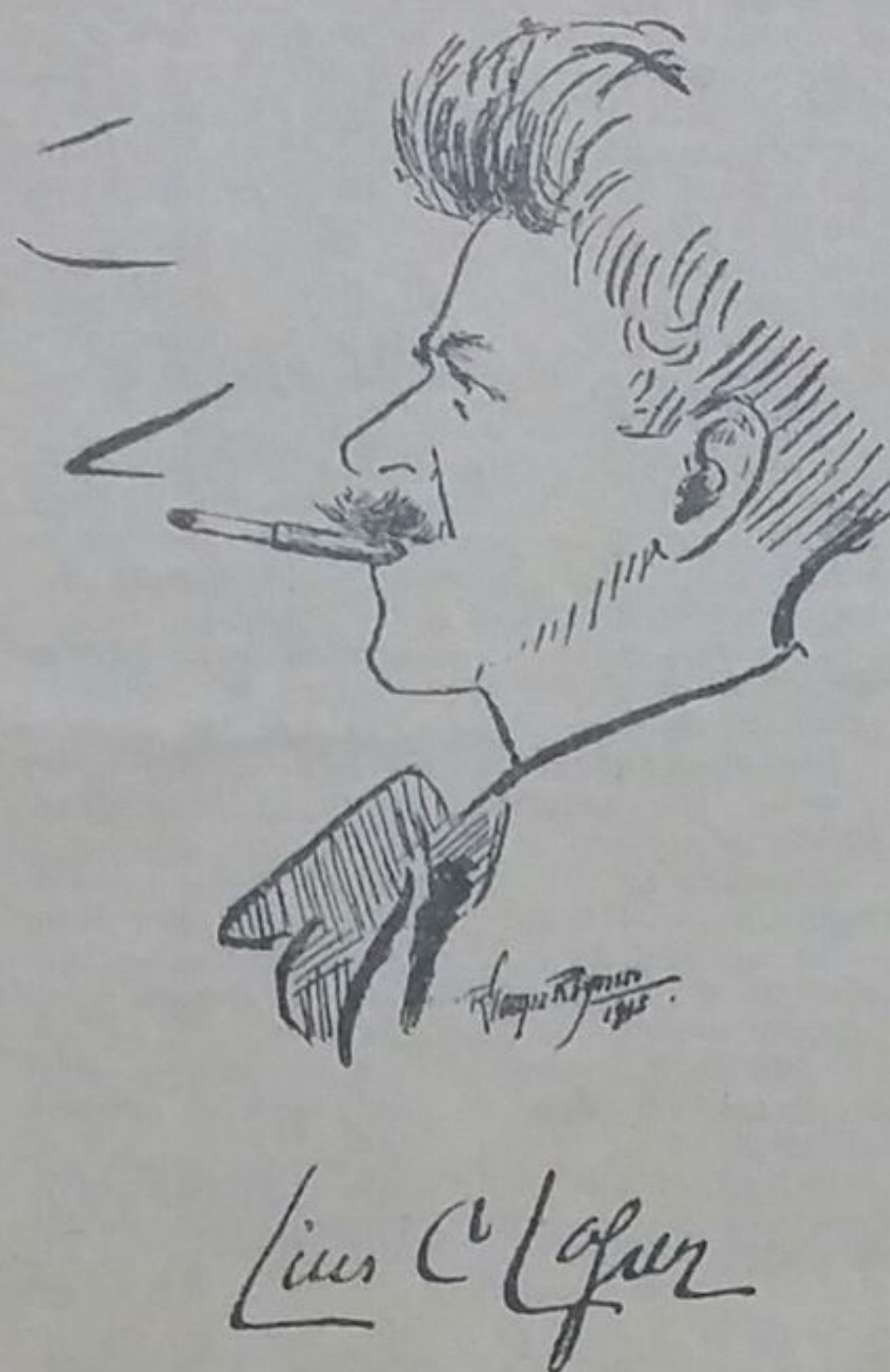
Edificios de gusto sobrio y sabiamente dirigidos imitaban los varios estilos con erudición y sin petulancia; palacio morisco; edificio de gusto románico; fastuosa arquitectura bizantina; mansiones dedicadas al arte, a la industria, a la prensa, a la historia. Algunos edificios ya estaban terminados; otros casi concluidos ofrecían suficientes detalles para juzgar de su belleza y magnificencia. Alrededor de ellos, en un espacio amplísimo, los árboles y las plantas de jardín formaban una decoración adecuada a las varias formas de arquitectura y evocaban paisajes de los que solemos asociar en nuestra imaginación con el escenario en que solían moverse los magnates del renacimiento y los monarcas del siglo xviii.

Luis C. López, el poeta de Cartagena, es el humorista de la América española, un escritor de nacimiento, dueño desde que empuñó la pluma por vez primera de todos los recursos de su arte. Es un escritor de altas dotes, cuyo instrumento natural y de predilección es la frase rimada. Así como el autor dramático para dominar la escena como Shakespeare e Ibsen, debe contemplar el mundo dentro del ángulo que forma el proscenio con la platea, así el poeta debe medirnos a todos con la misma medida de que hace uso para componer sus versos. Y en efecto, el barbero del pueblo que usa gorra de paja, zapatillas de raso, chaleco de piqué, aparece en verso a nuestros ojos maravillados cada vez que pretendamos recordar su figura, aunque hayamos olvidado las palabras, de una fuerza descriptiva insuperable, con que el poeta fijó para siempre los rasgos fisionómicos y la psicología, aunque elemental, contradictoria, de ese «hongo de la riba». Los bravos campesinos de manos toscas, de cetrinos rostros y de cuadrados pies, son criaturas de una evidencia vital, como apenas solía crearlas el maestro Gogol, pero, no obstante su vitalidad, a nuestra visión mental se presentan bajo las especies permanentes e inalterables de la estrofa eneasílaba perfecta, en un soneto de forma extraña como son extraños los pies, las manos y las vidas «largas, paradójicamente largas», de ese producto rigurosamente tropical. El eclesiástico innominado, «canijo, cuello de ganso», que pasa por la soledad abrumadora de la plaza en las horas meridianas de un domingo provincial, y el cazador que desde su ventana, viéndole pasar, se pregunta «¿qué hago con este fusil?», son, a más de tipos modernos, un soneto que tiene vida material, que vive de por sí y forma en la imaginación una idea móvil y en el oído una sola palabra, a la manera de los versos perfectos.

Podría argüirse que tal es la característica

El espíritu de los tiempos

—De *El Espectador*. Bogotá—



de toda creación verdaderamente poética, y se cometería un grave error, porque hay prosistas excelentes como Núñez de Arce (a pesar de su inclinación al género oratorio) que suelen usar del verso como instrumento de expresión para su prosa. Ni «en el monasterio de piedra», ni los personajes del *Idilio* son criaturas que retornen a nuestra memoria en función de versos. El uno es un paisaje sin notas de color, borroso, visto desde el plano de la preocupación, más bien que desde las alturas del sentimiento religioso; los otros son criaturas de artificio, animadas por la sensibilidad romántica, para producir un efecto de prosa.

Además, López, igual siempre a sí mismo, con una fuerza de torrente andino, y no sin una velada complacencia, mira los variados aspectos del conflicto vital con la sonrisa imperceptible del humorista. Es siempre una misma persona intelectual pero su sonrisa afecta cambiantes innumerables como los tienen las aguas del torrente sin que las linfas pierdan por eso su carácter. De ser a todas horas igual a sí mismo y sonreír siempre en variadas formas tomamos pie para calificarle entre los humoristas de tipo verdadero, cuyo rasgo distintivo es la permanencia. El humor digno de este nombre no es una actitud mental, representable con el dicho jocoso o el juego de palabras, ni tampoco un estado de espíritu transitorio, sino el resultado de una manera permanente de ver y entender la vida. En López la cuerda poética, no obstante su riqueza de notas, tiene un timbre personal discernible en las composiciones de mayor significado artístico y de más honda penetración en los recodos de la corriente humana.

Su humor se ejerce no solamente sobre los hombres. Contemplando las bestias y la naturaleza, esta cualidad esencial de su temperamento artístico le hace descubrir

asociaciones o contrastes que, deformando un tanto los contornos, humanizan las criaturas y el paisaje. En otras ocasiones despersonaliza al hombre y fija sus rasgos fisionómicos y sus tendencias por medio de sugerencias de pintor paisajista:

...La noche se avecina
bostezando, y el mar bilioso y viejo
duerme como con sueño de morfina.

Con tu vestido a cuadros, tu sombrero
de mimbre y tus pupilas de gitana,
sospechosas como un desfiladero,
haces de mí lo que te da la gana.

En el recogimiento campesino
que viola el sollozar de las campanas,
giran como sin ganas,
las enormes antenas de un molino.

Una idea se insinúa tenazmente en la razón del crítico empeñado en desmontar la estructura sentimental de este pintor de la naturaleza y disector del alma humana. El humor considerado por los analistas como una tendencia rigurosamente subjetiva del entendimiento reside también en las cosas y en los hechos. El humor no está forzada y únicamente en el observador. Leyendo a López parece como si la naturaleza hubiera sido creada por una inteligencia en la cual hubiesen predominado al momento de la creación las facultades humorísticas. No es que el humor resida en el poeta, es que la penetración de su alma desvelada y llena de piedad comunicativa descubre en los objetos y en las relaciones de unos fenómenos la naturaleza con otros aspectos extraños, de una belleza nueva, superior o inferior a la que percibe el vulgo de los espectadores, pero en todo caso diferente, no sólo en grado sino también en esencia. La naturaleza es humorística de por sí, pero hacen falta una finísima percepción y una inteligencia absolutamente desinteresada para descubrir en el mundo que nos rodea ese rasgo que la humaniza embelleciéndola.

En la creación artística el estado de alma fundamental es el desinterés, cualidad de la inteligencia que está visible por dondequiera en la vida y en la obra de López. No hay ideas políticas ni filosóficas por las cuales se crea obligado a atenuar sus conceptos. Ni el amor al terruño ni la patria grande le imponen silencio cuando la inspiración le fuerza a decir verdades amargas. Con la misma indiferencia filosófica con que descubre la vulgaridad exterior del campesino feliz porque no sufre de perturbaciones digestivas, se refiere al partido de sus aficiones y a los caudillos de que el partido suele ufanarse. No es incrédulo ni creyente. Le parece tan plausible oír misa de hinojos como hablar bien de Voltaire y si las dos condiciones se juntan en el barbero del pueblo, el gracioso personaje parece como si se ganara las simpatías del poeta. Y a más de quererle por su generosa tolerancia, le ama porque es «alegre como un vaso de vino moscatel».

El poeta cartagenero arriesga a dejar en el ánimo de sus lectores una impresión melancólica; pero si observamos agudamente los caracteres de su obra publicada, veremos que cualquiera que sea el estado de ánimo creado por sus poesías no podríamos llamarlo poeta triste. Sería también irrelevante la calificación de alegre para este poeta solitario y meditabundo.

Creo que la sensación más naturalmente ligada con la lectura de sus versos es una de plenitud: ni alegre ni triste, es verdad, queda el lector al recorrer la última página de los volúmenes en que López ha formulado sus nociones generales sobre la vida y los hombres; pero al cerrarlo, si es capaz de analizarse, comprenderá que su persona moral e inteligente se ha enriquecido con

(Pasa a la página 79)

1.—Mientras el monstruo almuerza.—Aún permanecía allí de pie el digno secretario cuando vinieron a anunciarle a don Tiberio, el dictador, que el almuerzo estaba servido.

—Que me lo traigan aquí—dijo—. Esos corredores deben de estar llenos de gentes que aguardan; y ahora, con franqueza, tengo muchas ganas de comer y muy pocas ganas de oír majaderías y peticiones. No paso al comedor.

Mientras la criada, una rolliza mulata de Maracay, salía a exponer a la hija del mandarín la voluntad del señor, el secretario dijo:

—Ha venido mucha gente, general. Aún esperan algunos en la sala y en los corredores. ¡Se habían concedido para hoy varias audiencias!

—A ver, ¿quién anda por ahí?

—Le diré: ante todo, hay una Comisión del Congreso que viene a entregarle solemnemente un decreto del Cuerpo Legislativo en honor de usted.

—¿Quién más?—preguntó el monstruo, sin hacer caso de los padres conscriptos ni de aquel decreto digno del Senado del otro Tiberio.

—Ahí está, o ha estado hace poco, el ministro de Relaciones Exteriores. Con él vienen el ministro plenipotenciario de Alemania y el de los Estados Unidos.

El dictador hizo una mueca y exclamó:

—Me extraña que el representante diplomático de los Estados Unidos venga con el ministro de Relaciones Exteriores, y no con el ministro de Hacienda.

El secretario, que era de suyo serio, empezó a reírse con una risa exagerada, celebrando la ocurrencia del dictador.

Corría, en efecto, como voz pública que el representante diplomático de los Estados Unidos recibía un sueldo mensual del Ministerio de Hacienda de don Tiberio; y se había convertido en estipendiado del monstruo, en lacayo a sueldo del dictador para divulgar oficialmente y con su nombre en el Foreign Office de Washington, y sobre pseudónimo en famosos diarios de la prensa estadounidense, que la barbarocracia de aquel barbarócrata era el mejor de los gobiernos posibles. Entretanto, compraba petróleo.

—¿Quién más ha venido?

—Hay algunos militares; hay aquel inglés que le trajo a usted el mes pasado seis vacas y un toro de Inglaterra; hay el director de *El Viejo Diario*; hay el agente en Maracaibo de la Compañía de Navegación; hay el señor Emmerich...

—¿Ese alemán sodomita—dijo el monstruo con repugnancia—que falsifica las píldoras de quinina de los franceses?

—El mismo. Ah, se me olvidaba lo mejor: acaba de llegar Ño Jesús.

—¿Cómo! ¡Ño Jesús está ahí! ¿Por qué no me lo había avisado?

En aquel momento, la mulata, como si llevara una pluma en las manos, apareció conduciendo ponderosa bandeja de plata, rebosante de fuentes, platos, cubiertos; el convoy, el pan, la frutera. Llevaba, además, en el brazo el mantel, servilletas. La hija de don Tiberio, flor del estercolero, la seguía con una pimpina de agua y dos botellas de burdeos, en otra bandeja más chica de laca negra con chinos de oblicuos ojos exagerados, unas grullas zancudas y unos arrozales de oro. El dictador no probaba un solo bocado que no guisasen y sirviesen las manos de aquella niña.

—Traigo un sancocho de gallina, papá, que no es para curar a un enfermo, sino para resucitar a un muerto; caldo muy espeso y pechuga gorda, como a ti te gusta. Descubrió una fuente y dijo:

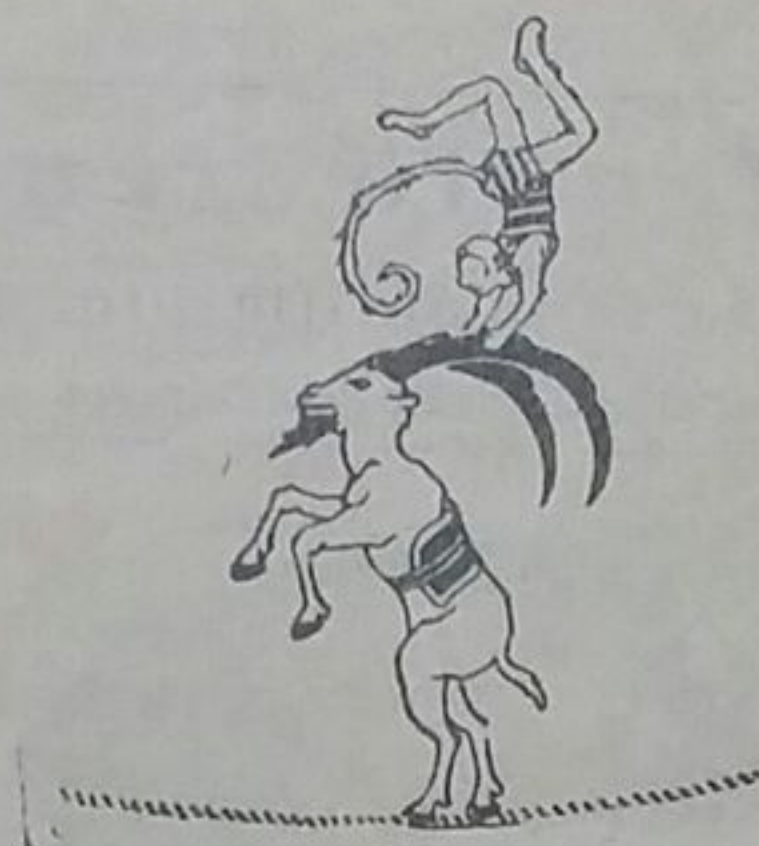
—¡Mira qué gallinota!

Destapó otra fuente y prorrumpió:

—¡Mirame ese ñame arenoso; ese apio; esa yuca; esas batatas!...

La hiena herida

—Del tomo *Tragedias grotescas*. Novelas de la fe, del amor, de la maldad y de la estupidez. Editorial AMERICA. Madrid—



—¡Magnífico!—exclamó el monstruo echando una rápida ojeada hacia las humeantes legumbres.

—Después—continuó la muchacha—te traeré unas ruedas de carite, unas papas a la bechamel, unos plátanos fritos, unas chuletas empanadas... Y frutas... Hay chirimoyas, guanábanas, nísperos. Tienes donde escoger.

El monstruo no respondió sino alzando un brazo en el aire y agitándolo hacia su hija en vago ademán de gratitud. Su pensamiento estaba en otra cosa.

El secretario permanecía de pies, interrumpido por la llegada del almuerzo en su relación de las personas que aguardaban el honor de ser recibidas. No podía dejar de hacer un cumplido a la hija del autócrata, y exclamó:

—Ese almuerzo está...

Y se llevó los dedos a los labios, goloso.

—Pues siéntese usted y coma con papá—insinuó la chica.

Ya el secretario iba a derretirse en cumplidos cuando el dictador le ordenó:

—Diga al edecán que haga pasar a Ño Jesús.

—Por, Dios, papá—protestó la señorita—; ¡ese negro tan feo y tan hediondo, ahora que vas a comer!

El secretario quedó indeciso.

—Avísele al edecán—refirmó el mandarín—que haga pasar a Ño Jesús. ¡Ah!, que le digan a esos ministros extranjeros, si aún están ahí, que me hagan el favor de venir está tarde a las seis. Lo mismo a la Comisión del Congreso. Lo mismo a todo el mundo.

Cuantos esperaban, incluso la Comisión del Congreso, vieron con envidia a aquel feliz mortal a quien apenas arribado lo llamaban a la intimidad del «general». ¡Y algunos de ellos que tenían allí dos horas esperando!

2.—Ño Jesús.—Personaje importante en el *entourage* del antiguo jifero del Táchira, hoy dictador de una pseudo-república y conde del Papa, aquel Ño Jesús.

Los miembros del Congreso lo saludaban con palmaditas en el hombro; los ministros le enviaban felicitaciones y regalitos con cualquier motivo; los edecanes lo introducían sonrientes. Algunos postulantes le pedían recomendaciones; algunos médicos le pedían consejos. El cura de la parroquia lo declaró hijo predilecto de la iglesia local, feligrés de honor.

¿Por qué tantas zalemeas?

¡Ño Jesús era amigo del dictador! La hiena lo mimaba.

Cuando se presentó en el gabinete donde el monstruo se disponía a engullir, el dictador lo acogió alborozado.

—¡Ño Jesús, Ño Jesús! ¡Nunca ha podido usted llegar más a tiempo! Tenemos que hablar.

Era otro que el Tiberio de la víspera. Ayer—con el pavor de una de tantas conjuraciones ficticias como sus mismos áulicos le inventan—, mudo, cejijunto, temblaba de preocupaciones y de miedo. Ahora reía, conversaba, se le ocurrían cosas... De Villavil, la capital, le habían participado a su madriguera de Aragua, aquella misma madrugada, que la conjura abortó, la situación era firme, y los principales cabecillas, sin una sola excepción, quedaban presos. Ahora no había sino infundir pavor: castigar, matar; y aprovecharse de la ocasión para echar el guante y poner a buen recaudo a todos aquellos de quienes desconfiaba o sentía miedo—o que simplemente le eran antipáticos—, en toda la extensión de la República. Bastarían unos cuantos telegramas. Había pasado la mañana confeccionando, por provincias, listas de futuras víctimas. A tiempo llegaba Ño Jesús. Lo consultaría. Con el tiempo se iba poniendo más y más supersticioso. Ya no sólo obedecía a los curas. Ahora se rodeaba hasta de brujos. Y el mayor de los brujos, en la admiración del antiguo tablero, era aquel negro charlatán: Ño Jesús.

Le preguntó si había almorzado.

—No señor, general.

—Pues bien, hija mía, haz que pongan un cubierto a Ño Jesús.

La joven vacilaba. Tiberio Borgia fingió no verla; y volviéndose, radiante, a Ño Jesús, exclamó.

—Por fortuna hay comida para ambos. Además, se debe compartir lo que se tiene con los buenos amigos.

La hija del monstruo, ya resuelta a obedecer, dispuso que la criada pusiera otro cubierto, y, en son de protesta, se retiró para no aparecer más por allí.

Era Ño Jesús un negro viejo analfabeto que la echaba de brujo. Vestía blusa y pantalones de dril, un dril de puntitos blancos y negros que daba al viejo brujo cierto aspecto de gallineta. Calzaba sobre la carne desnuda, sin calcetines, alpargatas nuevas, de capelladas pulquérrimas, tejidas en hilo blanco; y ceñíase la cabeza con un descomunal pañuelo de Madrás, encarnado, cubierto de ramazones amarillos, cuyas puntas caían por detrás sobre la espalda, como los pelucones del siglo XVIII.

En su negra cara lustrosa, tan negra que hasta los labios negreaban en vez de rojear, de nariz chata, desternillada, había dos puntos resaltantes: los dientes blanquitos y las escleróticas amarillentas.

Tan ladino era el viejo farsante y vividor que siempre hubo quien creyese en sus brujerías. Buen número de negros de los campos aragueños lo tenían por oráculo, y consultábanle en sus tribulaciones. El conocía oraciones que curaban ciertas enfermedades; evocaba al demonio a media noche con fórmulas cabalísticas; sonaba instrumentos que infundían pavor, porque anunciaban desgracias; hacía mal de ojos; mataba una gallina con sólo mirarla; podía hacer enfermar a un caballo, malparir a una mujer, fallecer a un niño, «dañarse» a un hombre.

El número de sus beneficios era también infinito. Y adivinaba el porvenir. El sabía si una liegua encinta alumbraría potro o potrancia; si una cosecha iba a ser buena o mala; si la nueva luna traería infelicidades o dichas.

Jamás opinaba concretamente, sino por medias palabras, con signos y ademanes evasivos, en su casuca, rodeándose de mis-

(Pasa a la página 79)



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, imitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Lafcadio Hearn

Profesor de literatura

—Del precioso libro *Ariel Corpóreo*, Editorial, «Buenos Aires», 1926—



Lafcadio Hearn

I.—El nombre del autor de *Kokoro* evoca inmediatamente al Japón, cuya vida psíquica y social, que tan profundamente conociera y amara, supo revelar a Europa y América en libros encantadores. Pocos sospecharán, sin embargo, entre los lectores argentinos de su obra exótica, que el eminente escritor de lengua inglesa fué, asimismo, el intérprete ideal del espíritu occidental para la juventud estudiosa del Japón. En efecto, desde 1896 hasta 1902, ocupó la cátedra de literatura europea en la Universidad de Tokio. Filósofos, poetas, novelistas septentrionales y franceses, de épocas distintas, de diversas tendencias, desfilaron por aquella cátedra, expuestos y sutilmente comentados con erudición y cariño por una palabra siempre sencilla y elegante.

Las conferencias, pronunciadas en inglés, no fueron escritas. El profesor hablaba lentamente, y a la diligencia y la devoción de varios de sus discípulos, que anotaban sus palabras con escrupulosa fidelidad, debemos hoy los nutridos volúmenes que conservan y divulgan buen número de aquellas clases: *Interpretations of Literature, Appreciations of Poetry, Life and Literature, Lectures on Literature*. Debido a su carácter oral, se lee esas obras póstumas escuchándolas, reviviendo la entonación y el gesto. Advierte el editor que no han sido corregidas, a fin de que conserven su espontaneidad original hasta en ciertas repeticiones, inevitables en la improvisación, y alguna ocasional contradicción. Respetuoso proceder que contribuye a suscitar en los lectores la ilusión de la palabra viva, como si el libro perpetuase la voz cálida que vibró en la cátedra.

Algunas cartas de Lafcadio Hearn, escritas durante los años de su docencia y reproducidas por el editor en el primero de los volúmenes, nos iluminan acerca de ciertos aspectos de su enseñanza. Léese en una de ellas, correspondiente a la terminación del año inicial: «Sólo dicto doce horas. No tengo libros de texto sino para dos clases, una de las cuales estudia el *Paraíso perdido*, de Milton, y la otra, por indicación mía, *La Princesa*, de Tennyson. Yo no sugerí el *Paraíso*

perdido; pero como los estudiantes deseaban, en diversas divisiones de la clase, estudiar libros distintos, los hice votar, y de setenta y ocho, sesenta y tres votaron por aquél. ¡Curioso! (Precisamente, supongo, porque era difícil para ellos). Mis otras clases son especiales, y las conferencias abarcan determinadas ramas de la literatura inglesa (tales como la balada antigua y moderna; literatura victoriana, etcétera), teniendo libertad el profesor para hacer lo que le agrade».

En otra carta, dos años más tarde (1899), refiérese a la índole de sus conferencias, expresándose con la modestia que fué un rasgo habitual de su carácter. Reconoce la imperfección de la forma de aquellas disertaciones que no se apoyaban ni siquiera en apuntes, y el artista escrupuloso asoma en esta declaración:

«Si yo relocase diez o quince veces a cada una podría publicarlas». Agrega enseguida que no merecería la pena hacerlo, pues no siendo él un *scholar*, muchos otros podrían realizar la obra con mayores ventajas. No obstante confiesa que sus lecciones eran provechosas para la Universidad de Tokio, «a causa de que ellas han sido adaptadas, por larga experiencia, a la manera de pensar y sentir de los estudiantes japoneses, y por estar contenidas en el lenguaje más simple que es posible».

¿Quién como él, en verdad, hubiera podido desempeñar con mayor eficacia aquella embajada intelectual? Lafcadio Hearn conocía a fondo la mentalidad y la sensibilidad de sus alumnos orientales, el medio exótico en que actuaba y, por tanto, las limitaciones que fijaban a su misión occidental la raza y la civilización japonesas. Pero su conocimiento de la historia y la cultura seculares del Japón, así como de las modalidades del espíritu nacional, acompañábase de una verdadera simpatía, fruto de recónditas afinidades. Por otra parte, el Japón le había brindado la felicidad del amor en una de sus hijas; y el extranjero consagró a aquella tierra el resto de sus días. Allí constituyó su hogar; allí murió.

Artista, fundamentalmente artista, Lafcadio Hearn llevó a la cátedra su espíritu refinado, su religión de la belleza, y esa comprensión generosa, hecha de inteligencia y afectividad, que al revelar la luz ajena irradiaba la propia hasta confundir a entrambas en una sola claridad brillante que enriquece la obra comentada. Frente a sus alumnos, no olvidaba que se dirigía a espíritus juveniles en los cuales debe procurarse, ante todo despertar el interés y la simpatía por medio de la imaginación y el sentimiento. Y la lectura de sus clases demuestra con qué fina habilidad docente se desenvolvía.

En una carta de 1902, él mismo analizaba modestamente sus condiciones de profesor.

El resultado más importante del desempeño de la cátedra de literatura inglesa, durante seis años, ha sido el de convencer-

me que conozco muy poco sobre esa materia y que nunca aprendería mucho. He aprendido lo suficiente, es verdad, como para disertar sobre la historia general de la literatura inglesa sin usar apuntes ni libros, y he sido capaz de tratar acerca de los principales poetas y prosistas de los últimos períodos. Pero no poseo la preparación necesaria para el desarrollo y ejercicio de la facultad crítica, en el justo sentido de la palabra. No conozco nada de anglosajón, y mis conocimientos de la relación de la literatura inglesa con las demás de Europa se reduce a los últimos períodos, romántico y realista, de Francia e Inglaterra.

Indudablemente, la ausencia de la representación anglosajona, y aún más, de la española y la italiana, en un curso de literatura europea, lo hubiera malogrado al mutilar partes vitales de la cultura continental. Pero Lafcadio Hearn se proponía, sobre todo, poner a la juventud universitaria japonesa en comunicación con el espíritu y la sensibilidad occidentales a través de la obra literaria, y para realizar cumplidamente su misión bastáronle, por cierto, los autores ingleses, franceses y escandinavos. El consideraba y enseñaba la literatura «como expresión de la emoción y el sentimiento, como la representación de la vida», y estudiando en sus clases a un poeta, trataba de «explicar la cualidad y la intensidad de la emoción que produce», o sea lo substancial antes que lo formal, la apreciación del fondo ideológico y emotivo con preferencia al análisis de la técnica literaria. «En resumen—escribía,—he basado mi enseñanza, absolutamente, sobre los llamamientos a la imaginación y las emociones de mis alumnos, con la satisfacción de éstos (aunque el hecho pueda significar poco, por ser su imaginación tan distinta de la nuestra)».

¡Admirable maestro! Porque, precisamente, su falta de vanidad le permitió llegar al corazón de sus alumnos por el camino directo de la simpatía fraternal, y sembrar en ellos la semilla de oro que él sabía descubrir y recoger, con su experiencia de creador, en la obra de los creadores. Ni la seca erudición ni los prejuicios de una superioridad consagrada, opusieron las fronteras comunes que suelen levantarse entre la comunicación del profesor con los alumnos. Su fervoroso culto de la belleza abrió-le las fuentes vivas del arte, y la frescura de aquel contacto transmitióse toda entera a la juventud que lo escuchaba y amaba. Ejerciendo su magisterio con la simplicidad de un sembrador, desarrolló estos ciclos de estudios trascendentales que ocupan un lugar de preferencia entre las mejores páginas de la crítica literaria contemporánea. Y como toda obra que asume caracteres de universalidad por su elevación de pensamiento y su calor

humano, ésta los adquiere, no obstante haber nacido ajustada a las exigencias de limitación y adaptación impuestas por el medio exótico en que se produjo.

II.—Al iniciar sus clases en la Universidad de Tokio, Lafcadio Hearn comenzaba por definir la «dificultad insuperable» con que lucharían sus alumnos en la comprensión y él mismo en la transmisión de ciertos aspectos de la sensibilidad de Occidente. Tratándose de civilizaciones tan distintas y de tan diversas modalidades psíquicas, ¿cómo conciliar los extremos a fin de que los estudiantes japoneses pudieran percibir la emoción occidental? Si el profesor se coloca en su punto de vista europeo, corre el riesgo de no ser comprendido, y si adopta el de sus alumnos, se expone a caer en la confusión y en la extravagancia. La solución estaría en que ocupara la cátedra un profesor japonés que hubiese intimado y simpatizado con la vida europea. Pero no sería fácil encontrarlo, porque «en proporción con su simpatía por aquella vida, estaría aún menos capacitado para comunicarla a sus oyentes».

No obstante su conocimiento y su experiencia de la vida nipona, o acaso debido a ello, preocupábase Lafcadio Hearn de los obstáculos con que inevitablemente tropezaría al pretender explicar a esos espíritus de otro planeta intelectual y moral normas y conceptos de su mundo. Aparte de la finura que esos espíritus puedan ofrecer, hay en ellos zonas impenetrables de prejuicios y dogmas largamente elaborados por el carácter étnico y las costumbres milenarias. Y esas murallas intelectuales determinan, como es natural, una incapacidad general de comprensión para muchos aspectos de la civilización antípoda, frente a los cuales se esfuerza el europeo, casi inútilmente, por abrir caminos a su enseñanza.

Al manifestar esa *insuperable difficulty* ante sus propios alumnos, Lafcadio Hearn les presentaba el ejemplo de un estudiante japonés, de excepcional inteligencia, que le había declarado su incapacidad para entender algunos hechos relacionados con la posición de la mujer en la literatura europea, como reflejo de la vida del continente. Pero constituyendo el culto del «eterno femenino» la fuente principal de las literaturas occidentales, ¿cómo iniciar el estudio de ninguna de éstas sin precisar, desde un comienzo, el concepto de la mujer en la sociedad europea?

Encontramos un sabor especialísimo en la lectura de esas páginas. Cautiva la difícil sencillez de la palabra concisa y sugerente, y a veces, una

frase, un ejemplo, acaso ingenuamente dichos, despiertan risueñas asociaciones y nos llevan picarescamente hacia la anécdota, cual si estuvieran impregnados de una ironía sin duda accidental. No me atrevo a imaginar lo que pensarán las lectoras ante este homenaje escolar rendido por un poeta en el legendario país de los heroicos *samurai* y los jardines encantados...

Aun cuando el desarrollo del asunto ocupa poco más de cinco páginas en el primero de los volúmenes que contienen sus conferencias de Tokio, de la luz que naciera en aquella clase inicial esperaba el profesor la mayor o menor claridad de sus exposiciones posteriores, pues tratándose de un culto, tanto más comprensibles son los ritos cuanto más accesible la idea de lo adorado. Me place, por consiguiente, detenerme en dichas páginas, con la presunción de que quienes me acompañen hallarán, conmigo, un picante interés en conocer cómo un hombre de nuestra civilización ingeniábase para explicar, a los de otra, el... ¡cantar de los cantares!

La devoción del hombre por la mujer —comienza estableciendo el expositor, después de referirse, en dos palabras, a la naturaleza afectiva del vínculo conyugal— significa actualmente esto: que todo hombre está obligado, por convicción y por la opinión, a dar siempre preferencia a las mujeres, por el simple hecho de que lo son. No quiero decir que cada hombre piense de cada mujer que lo supere física e intelectualmente, sino que está obligado a considerarla como algo que merece y necesita la ayuda del hombre. En momentos de peligro, la mujer debe ser salvada primeramente, y en las diversiones debe dársele el mejor lugar. En días de penosas fatigas comunes la parte que corresponde a la mujer debe ser voluntariamente desempeñada por el hombre en cuanto le fuere posible. Y todo ello sin aspiración de recompensa alguna por sus procedimientos. El hombre que socorre a una mujer en peligro, supónese que no tiene por eso ningún derecho sobre ella, pues sólo ha cumplido con su deber, no para con ella individualmente, sino para con el sexo femenino. Y así hemos llegado a este hecho general: que el primer lugar en todo, menos en la autoridad (*rule*), es dado a la mujer en los países occidentales, y se le concede casi religiosamente.

¿Constituye la mujer un culto religioso? Recuerda el profesor el respeto formal con que se la trata, la adoración con que a veces se la venera. «Permitaseme decir, por tanto—afirma—que un estudiante (japonés) de literatura inglesa debe procurar comprender, como algo de suma importancia, que la mujer constituye un culto, una religión, en los países occidentales, o, si lo deseáis en lenguaje más claro, que en ellos la mujer es un dios (*a god*). ¿Un dios? ¿Y qué son los dioses? «Los dioses—define—son seres superiores al hombre, capaces de favorecerlo o de dañarlo, y se les aplaca con sacrificios y plegarias...»

¿Adivináis una sonrisa ligera, mariposeante, en los labios del maestro, una lucecilla fugaz en sus ojos? Todavía flota en su voz un acento extraño, cuando agrega: «Los hombres se inclinan ante las mujeres, hacen toda clase de sacrificios para agradarlas, suplican su benevolencia y su apoyo». Y aun formulará, como consecuencia de lo ya dicho: «El hombre que anhela triunfar en la vida debe ser capaz de agradar a las mujeres». Y terminará preguntándose: «¿Estoy muy equivocado al decir que la actitud de los hombres hacia las mujeres, en Occidente, es semejante a la actitud de los hombres hacia los dioses?».

Pero, sin duda, el maestro acaba de sorprender en sus alumnos una mirada maliciosa, algún murmullo significativo, porque adelantándose a la interrogación que le amenaza, decide preguntarse él mismo: «¿Cómo ocurre entonces, me diréis, que siendo tan reverenciada la mujer, los hombres de las clases inferiores golpean y maltratan a sus esposas? Os replicaré que por la misma razón por la cual los marineros italianos y españoles golpean e injurian a las imágenes de los santos y las vírgenes a quienes ruegan, cuando no escuchan sus peticiones. Es muy posible adorar sinceramente a una imagen y vengarse de ella en un momento de ira; lo uno no excluye lo otro...» Y esta fina observación psicológica: «Lo que suele ser religión en las clases altas, puede ser solamente superstición en las clases inferiores». No obstante, agrega, y a través de las diferenciaciones determinadas por la clase social o la cultura, subsiste en todos los hombres occidentales un sentimiento de religiosidad hacia las mujeres, y no comprenderlo así equivale a no estar capacitado para interpretar la literatura europea.

Estudiando, en pocas palabras, la génesis de ese sentimiento, anotaba Lafcadio Hearn que no pertenecía a las civilizaciones griega ni romana, sino a las antiguas razas del Norte, como lo demuestra la primitiva literatura escandinava, donde la mujer era considerada y tratada por los hombres mucho mejor de lo que es la mujer inglesa contemporánea. Su casi divinización respondía al hecho de ser madre del hombre, atribuyéndosele caracteres sobrenaturales. Pero al extenderse aquel concepto nórdico a otras razas, a otros países, fué enriqueciendo, transformándose y haciéndose más complejo. Sumósele un sentimiento romántico y artístico, culminó en la adoración cristiana de la Virgen María, reforzóse con las prácticas caballerescas, fué un motivo fecundo de inspiración en el arte del Renacimiento.

«Considerad—decía, terminando su exposición,—que la mayor parte de la poesía europea, es poesía amorosa». Y resaltaba, por fin, que el sentimiento de religiosidad que la mujer inspira a los occidentales, es un credo de raza...

III.—Suele producirse en la vida de las literaturas, como en la vida de las sociedades—ambas sujetas, en gran parte, a las leyes de la biología general,—un estado morbozo determinado por el alejamiento de las fuentes populares—digamos de la naturaleza—y la concentración en un círculo hermético, que si bien pretexto defenderse con la pureza de las alturas, no es menos cierto que se asfixia en el aislamiento aristocrático de su atmósfera. Lejos del aire tónico, del contacto de la tierra fecunda, la literatura de un país, encerrada en muros de cristal, termina por cristalizarse. Su alambicado refinamiento no produce sino flores artificiales, y la frialdad de su materia, rechazando deliberadamente el calor humano de las grandes creaciones, anuncia, a pesar suyo, la muerte próxima que fijará, para siempre, la inmovilidad de una actitud que ya la imita sin sospecharlo. Pero la vida se defiende. Y es en esos períodos de egoísmo estético cuando, precisamente, estallan las violentas reacciones de contraste que desmoronan la *turris eburnea* y barren sus ruinas en el soplo vivificante del alma popular.

Si la palabra romanticismo no tuviera acepciones tan complejas y antagónicas, y no evocara, en cada pueblo y aun en cada grande autor, matices tan diversos, pudiérase decir, sin necesidad de aclaraciones específicas, que el romanticismo es el soplo histórico encargado de orear el ambiente viciado y de remover la tierra para las nuevas germinaciones. Europa conoció sus alas de huracán y el vértigo de su licor anárquico. El romanticismo rompió las esclusas de un arte ya marchito, anegó los vergeles petrificados, y hecho nube, diluvió días y noches con frenética tenacidad. Sembró pestes, no cabe duda. Pero la vida es equilibrio; y la vida resurgió purificada, a su hora, de la catástrofe.

El ejemplo de Europa fué presentado a los estudiantes japoneses por Lafcadio Hearn, en la lección de despedida, al clausurar uno de sus cursos. Recordaba el profesor, recapitulando sobre su enseñanza, que las literaturas europeas viven socializadas en un intercambio que les permite vigorizar su savia por medio de un beneficio mutuo, sin que ello importe desnaturalizar sus respectivos caracteres originales ni malograr su facultad creadora. Y observaba que

la literatura del Japón, a pesar de la abundancia de traducciones, no había asimilado nada de las occidentales y, lo que es peor, vivía aislada dentro de sí misma, sin contacto con el alma popular, enquistada en la erudición de los doctos.

«Creo que deberá producirse un movimiento romántico en el Japón, de mucha mayor intensidad de lo que ahora pudiera parecer posible», auguraba. Y preveía la transformación de los valores literarios, el abandono del lenguaje erudito y la adopción del vocabulario popular. «Es muy probable—agregaba—que la mayor parte de los *university scholar*, consciente o inconscientemente, desprecie el arte familiar de los narradores populares y de los escritores del teatro popular; no obstante, y juzgando de acuerdo con las evoluciones literarias de otros países, en aquel despreciado drama y aquella despreciada narración, así como en la canción vulgar del pueblo, estarán las fuentes de la futura literatura japonesa».

Pero el desprecio de los doctos, ¿no cayó también sobre genios como Shakespeare? ¿Y hay, acaso, obra de mayor vitalidad que la del más grande de los dramaturgos universales? Es que la dictadura de los retóricos desencadena sus furias contra toda vulgaridad. Y «vulgar» es para ellos abreviar en las emociones del pueblo, sondear el corazón de los humildes, estudiar, asimilar y transformar en materia artística el tesoro folklórico, descender de las cumbres jerárquicas que imponen los preceptistas al lodo humano con que modela el genio su criatura prometeana, abandonar el vial doméstico para abrirse caminos en la selva, burlarse de las reglas inflexibles y darse su propia norma, saltar por la ventana del cenáculo y mezclarse a la humanidad. ¿Anarquía? ¿Revolución? Pues por esa revolución tuvieron que pasar las mejores literaturas europeas, y esa revolución—afirmaba sencillamente el maestro—«originó las más gloriosas obras, en prosa y verso, que país alguno produjera».

¿Cómo se desarrolló esa revolución? Lo explica en pocas palabras, sin énfasis, sin acopios bibliográficos, no olvidando que se dirigía a jóvenes de otra civilización, a los cuales era necesario conquistar por medios sugerentes, sacrificando toda petulancia. Aquella revolución artística comenzó—decía—«con un prolijo y amoroso estudio de la despreciada literatura oral del pueblo, lo que significa el abandono, por parte de los más cultos, de sus tronos de sabiduría, y su descenso para mezclarse con campesinos y gente indocta, hablar sus dialectos, simpatizar con sus simples pero honradas y sinceras emociones». Y aducía,

con su buen tino de siempre y su sabia prudencia: «No digo que los literatos fuesen a vivir en las granjas o a participar de la pobreza de los miserables en las grandes ciudades: signifió únicamente que descendieron a ellos en espíritu, y, guiados por la simpatía, llegaron a amarlos por la bondad y la sencilla espontaneidad de sus naturalezas inadecuadas».

Investigando las causas del problema, apuntaba Lafcadio Hearn los efectos de la lucha de clases. Y argüía:

La tendencia natural de la sociedad es producir diferencias de clases y la tendencia de las superiores, en todas partes, se orienta hacia una permanente posición elegante (*elegant conservatism*). Dicha posición conservadora, así como el exclusivismo, tienen su importancia, y no intento sugerir el menor desprecio por ellos. Pero tienden a la fijeza, al amaneramiento, a la rígida cristalización. Y la sociedad refinada termina por obligar a todos a hacer y expresarse de acuerdo con sus reglas, a formular o disimular los pensamientos en una forma común. Es indudable que el corazón humano no puede cambiar enteramente por ninguna regla; pero tal tiranía de costumbres hace que todos teman expresar sus pensamientos o exteriorizar sus sentimientos con absoluta naturalidad. Y cuando la vida se torna intensamente artificial, severamente convencional, la literatura comienza a morir. Sin embargo, la experiencia europea nos muestra la salvación: el retorno a lo natural, a la vida y al pensamiento de la masa popular, que, a fin de cuentas, representa al suelo del cual todo lo humano brota. Cuando un idioma se va petrificando sin esperanza, puede ser vivificado haciéndolo volver a su verdadera fuente, el pueblo, y empapándolo en él como en un baño. En todas partes surgió esta necesidad, en todas ha sido resistida por las fuerzas del orgullo y del prejuicio, pero en todas también ha sido el éxito uno solo. Igualmente franceses, ingleses o alemanes, después de haber agotado todos los recursos de la erudición literaria, encontraron con una literatura que empezaba a marchitarse en sus manos, viéndose obligados a separarla de la atmósfera culta y revivirla en contacto con la de los ignorantes. Y como esto ha ocurrido en todas partes, no puedo menos de creer que ocurra aquí.

Para realizar esa obra, Lafcadio Hearn propiciaba, sin embargo, a los más cultos, siempre que tuviesen una naturaleza afectiva. Y recordaba a sus alumnos el caso de los grandes reformadores románticos de Inglaterra, casi todos hombres de vastos y profundos estudios, que, despreciando la burla y el prejuicio, fueron a beber en la fresca linfa de la poesía popular. La cultura universitaria no es incompatible con la belleza virgen que ofrece el trato de los humildes. Una cultura «cambridgiana» no impidió a Tennyson, decía, escribir bellísimas baladas en el difícil lenguaje de los campesinos del norte de Inglaterra. Y Walter Scott fué aún más lejos, visitando la casa de pobres escoceses, intimando con ellos y recogiendo de sus labios canciones y relatos que luego aprovecharía en su obra. ¿Por qué no suponer, pues, que el Walter

Scott japonés pudiera salir de aquellas aulas en que predicaba el catedrático?

Así quedó sembrada, con sencilla valentía y propósito generoso, la semilla revolucionaria entre los estudiantes nipones. Pero el profesor no se detuvo en los umbrales de su prédica. Hombre de su raza, llevó enseña al terreno práctico la cuestión estética y quiso ver en sus propios alumnos a los primeros obreros de la empresa. Despediase de ellos, después de haber comulgado juntos, durante largos días, en los altares de la belleza literaria. Todos, al abandonar la universidad, serían absorbidos por su profesión respectiva, malogrando el cultivo de su sensibilidad, y muchos, tal vez, el de una profunda vocación literaria...

Y el maestro pronunció entonces su palabra de esperanza. Si bien es cierto que el arte, en algunos de sus géneros, exige una absoluta consagración, es también innegable que la mayoría de sus cultores atiende, al mismo tiempo, obligaciones muy distintas y pesadas. Siendo casi imposible vivir del producto exclusivo de

las letras, el literato se auxilia, generalmente con otros trabajos. ¿Por qué renunciar, entonces, a cultivar el jardín propio, al margen de las ocupaciones cotidianas? Y el optimista recurría hasta la demostración aritmética. Nadie puede estar tan ocupado que no disponga de veinte minutos al día para dedicarse a las letras. Aun diez minutos representan mucho al cabo del año. Y aun cinco multiplicados por 365 días dan una respetable suma de labor en 12 meses. «Espero que si alguno de vosotros ama realmente la literatura, recordará estas pocas palabras, y no os creeréis nunca tan excesivamente ocupados como para no estudiar un poco, aunque ello sea por espacio de diez o quince minutos cada día. ¡Y ahora, adiós!»

Era la despedida de un sembrador. Dejaba la tierra abierta en camellones, la simiente en los surcos, la obra futura en manos de una juventud disciplinada. Y he aquí cómo, en días venideros, las letras del Japón saludarán, en la memoria de Lafcadio Hearn, la figura epónima de un precursor...

Rafael Alberto Arrieta

Nada más que 1 hombre

Alrededor de Juan Antiga

=Fragmentos del Prólogo de los 2 volúmenes de Escritos de Juan Antiga. Calpe, Madrid=

y 2.—Véase la entrega anterior.

Sus trabajos.—La enorme cantidad de papeles, que ante nosotros se levantaba en su mesa, fué objeto de un concienzudo trabajo de lectura, primero, y luego, de clasificación:

Insistimos entonces sobre la conveniencia de publicar algunos de esos trabajos, y, al cabo, el autor nos autorizó para seleccionarlos. Al hacerlo tuvimos la enorme ventaja de que el mismo Antiga nos dijera entre bromas y veras: «Hágase el cargo de que me he muerto y de que por disposición de un futuro gobierno lo encargarán a Ud. de revisar mis papeles, para romper aquello que no sirve y divulgar lo otro.»

Convencidos de la franqueza con que se nos decían esas palabras, hemos cumplido lealmente su propósito, con la libertad de criterio que nos señaló el propio autor.

A medida que leíamos, íbamos, primero, desechando todo aquello que no tenía más valor que el meramente circunstancial, y luego, clasificando la obra de Antiga, atendiendo a sus dos aspectos principales: los trabajos puramente científicos, cuya lectura sólo resulta interesante para un público es-

pecial, de médicos o de estudiantes, y los que, dotados de otras condiciones, podrían interesar a la generalidad de los lectores.

Los primeros fueron releídos y corregidos de nuevo por el mismo Antiga, y aparecerán en su oportunidad prologados por autoridades en la materia.

Los segundos son los que han sido objeto de nuestros cuidados especiales, que no fueron pocos. Publicados en el curso de la agitada existencia de Antiga—aunque casi todos ellos en el período actual de su vida—aparecieron por vez primera en periódicos diarios o en revistas poco cuidadas, y adolecían, algunos, de repeticiones de conceptos, frecuentes en trabajos de esa índole, y de una serie de defectos tipográficos realmente extraordinarios: saltos de líneas, repeticiones de frases y palabras, etc., defectos que han sido subsanados ahora.

Se impuso luego la clasificación y subclasificación que hemos efectuado atendiendo a los problemas que en los trabajos se tratan, resolviéndola de este modo:

Primero: Bajo el rubro de *Escritos políticos y sociales*, aquellos que estudian problemas de la hora actual y que se refieren a las relaciones de las clases proletarias con las otras dominantes en nuestro medio, o a cualquier otro aspecto de la vida político-económica del país.

Segundo: bajo el título de *Reflexiones Médicas*, los que, nacidos al calor de la práctica de su profesión, derivan enseñanzas sociales e individuales destinadas al mayor beneficio del pueblo.

Tercero: Con el nombre de *En Pro de la Mujer*, tres o cuatro ensayos sobre eso que han dado en llamar «feminismo» algunas pedantes, problema que no puede resolverse más que del modo como lo han logrado en Rusia, es decir, concediendo la mayor suma de libertades e igualdades, tanto al hombre como a la mujer, y teniendo para ésta las consideraciones naturales que impone a su misma organización fisiológica; tesis y solución que imparte Antiga a esos trabajos suyos, concebidos y publicados antes de que se produjese en Rusia el cambio fundamental que experimenta.

Cuarto: en la sección de *Trabajos Varios* hemos incluido todos los demás que no cabían por su género en las otras secciones, y en ella encontrará el lector, al lado de un notable trabajo sobre las condiciones que debe poseer un buen «pelotero», uno sobre la *Leprosia en el Arte*, publicado en Costa Rica, realmente sorprendente por la perspicacia de juicio que contiene y que nos place imaginar que Jules Romain, el célebre «unanimista», compartiría.

En el *Apéndice* incluimos el discurso pronunciado por Antiga en ocasión de recibir su grado de Doctor en Medicina, por ser la única obra del autor donde habla subjetivamente de su persona, y que nos parece además un documento vivo sobre su manera psicológica. También incluimos un trabajo de tesis universitaria, que muestra hasta qué punto es elástica la mente de su autor, quien no creyendo una sola palabra de las ideas que en dicho trabajo abundan, defiende con cierta originalidad un insignificante punto jurídico.

No se agotan en estos volúmenes los trabajos de índole análoga publicados por Antiga. A propósito, por la originalidad y trascendencia de la tesis histórico-política que abarca, hemos dejado para ocasión posterior la publicación y el examen crítico de los ensayos escritos por él en la República mexicana en pro de la idea de la anexión de Cuba a la nación Azteca, como medio de sacarla de las garras de la dominación española, pa-

ra constituir más tarde, dentro de aquel estado, una o varias unidades federales, con toda la autonomía necesaria para su desenvolvimiento.

Cuando estos trabajos a que nos referimos sean reimpresos, y el público conozca las ideas que los determinaron y los principios científicos (dentro de éstos están comprendidos tanto los sociales como los económicos y los puramente políticos) en que se fundaron, Antiga ha de parecerse otro hombre al que hemos conocido y, en el futuro, esta misma obra que fué tan combatida en el momento de su aparición y que más tarde le valiera ser proscrito durante algunos años de nuestra vida política, será juzgada por las generaciones venideras, por encima de la que efectuaron en otra época, insignes cubanos que fueron partidarios de la anexión a Norteamérica, y al mismo nivel de penetración política que Varela, «el sabio maestro que nos enseñó a pensar», y que la pléyade de patriotas cubanos que agrupados bajo sus enseñanzas constituyeron el grupo de Alfonso Betancourt, Teurbe Tolón, Iznaga, y tantos otros que laboraron, en conexión con el Presidente de México, Guadalupe Victoria, a principios del siglo, por la misma causa que Antiga impulsara.

La ideología de todo un hombre.—Y entramos ya en la última faz de nuestra ensayo. Hasta ahora nos ha bastado recurrir a los rasgos externos de nuestro amigo, transcribiéndolos, para hacer amenas las páginas que preceden.

Ahora nos cumple exponer por qué consideramos útil y necesaria la publicación de estos libros, razonando nuestra exposición.

Basta echar una ojeada al índice de ambos volúmenes para percibir la importancia de los problemas que abarcan: *La Igualdad Humana, Reformas Sociales: Un programa Político Obrero* y darnos cuenta de que nos encontraremos en ellos con temas de palpitante actualidad.

En el primer trabajo de los que forman esta colección encontramos conceptos un tanto «románticos», pero que expresan la generosidad del que los ha emitido:

En el terreno económico, las dificultades serán siempre insolubles en la práctica, como son fáciles y sencillas en la teoría, y de ello nos dan prueba evidente el fracaso—hasta ahora—de todas las escuelas y sistemas. La solución hay que buscarla en planos más elevados y descender con ella a la vida real, porque de otro modo giraremos eternamente en un círculo metalísico.

Natural es que el lector que conozca a su Marx y su Lenine o a Bujarin, ha de encontrar ingenua la solución de Antiga. Sin embargo, su

rebeldía ingénita lo lleva más allá y al final del ensayo exclama: «Por el convencimiento íntimo de que todo lo podemos, cuando ello es justo y razonable»—frase que en el fondo no es más que una variante del lema de Marx y Engels: «Proletarios del mundo, uníos».

Contra la enorme tontería que representa la actitud de ciertas personas *sensatas*, que niegan en Cuba la existencia de la posibilidad de la lucha de clases, Antiga se levanta en nuestro medio y es de los que más trabajan por lograr la celebración de nuestro Primer Congreso Obrero. Sus ensayos sobre *Un programa político obrero*, la *Réplica* que lo sigue y su discurso sobre *La Democracia Social* en esta Isla, nos muestran ya a un hombre radical, que ha dejado de ser romántico y situado más cerca de los principios científicos del materialismo económico. Pero ¿cómo? ¿No basta para su gloria el hecho de hablar, por primera vez en nuestro medio, de «justicia social», llamando como Gladstone y con más razón a nuestro siglo el «de los obreros» e invocando y encontrando en el «proletariado cubano» la «última esperanza contra todos los males interiores y exteriores que nos asechan»? ¿Quién ha hecho más? ¿Quién ha hablado de frente, levantando en Cuba la bandera de la «Democracia Social»?

Y luego, este hombre no ha explotado nunca el «obrerismo», como tantos otros que han logrado sentarse en la Cámara a título de «obreritos».

La guerra europea, que marca como todos sabemos el inicio de una nueva época, de la que desgraciadamente sólo percibimos los prodromos en la transición, hace que Antiga vuelva los ojos a ciertas soluciones más radicales aun. El revolucionario romántico a lo Desmoulins se está ya madurando y convirtiendo a principios científicos.

El artículo sobre *El movimiento cooperativo* durante la guerra, lo muestra ya francamente sindicalista. De este trabajo es este párrafo:

Por medio de la cooperación y la mutua ayuda, llega más pronto al verdadero éxito el proletariado que siguiendo otros caminos tan peligrosos como absurdos, ni tan francos, diáfanos, prácticos y seguros, resolviendo, antes que nada el vital problema de la subsistencia y preparando lentamente a los pueblos, por una disciplina metódica, gradual y efectiva, al cumplimiento y ejecución de los grandes destinos y responsabilidades que les prepara el porvenir.

Y para terminar este examen, bastante para darnos cuenta de la mentalidad siempre ascendente y en constante evolución del autor que nos ocupa, nos referiremos ahora a los tres trabajos con que concluye la sección de *Escritos Sociales*.

En el titulado *Si Jesús volviese a la Tierra*, Antiga se burla y condena el criterio dogmático de la «ciencia oficial» que condenaría a Cristo—(¿se olvidó de Pasteur?)—si aquel volviese a la Tierra y, actuando de nuevo como nos cuenta el Evangelio, lograrse curaciones por medios no reconocidos aún del profesionalismo médico. No necesitamos recordar que Antiga ejerce la medicina... (Proudhon... ¿no era abogado?)

En *El Negro como Profesional* se enfrenta nuestro autor con un problema nuestro muy importante y delicado. Se vale para ello de unas estadísticas que fueron publicadas en los Estados Unidos referente al número de los profesionales médicos de la raza negra o nuestra que allí laboran. Antiga, con criterio verdaderamente revolucionario (que por aquí sabemos cómo es de candente este problema) escribe:

Ya es tiempo de terminar la época de los prejuicios. Los sentimientos están por encima de los colores de la piel y la intelectualidad por encima de las razas. Las verdaderas diferencias en los hombres se miden hoy por las resultantes y consecuencias de su mentalidad. El mundo psíquico va cada día dominando al físico y los ignorantes y los viciosos se confunden dentro de un solo marco, no importa su origen y condición.

En el trabajo titulado *El derecho a la Revolución*, Antiga examina con un criterio ya francamente revolucionario —«de ahora»— la situación de los pueblos indefensos frente a la Liga de las Naciones y expone con visión amplia las distintas fases de ese problema de extraordinaria actualidad (el trabajo tiene fecha de 1919) y se revuelve enérgicamente, proclamando que «le hace falta un lábaro de redención, una nueva fe, que la guíe, la consuele, la estimule y la dirija; ni los débiles ni los convencidos, hacen historia; mucho se ha demolido y más queda todavía por demoler y ya se vislumbra el día en que las fuerzas cooperativas del organismo social, comiencen su labor reconstructiva y renovadora, pero mientras se aproximan esos momentos de redención, ante las leyes despóticas y absolutas, ante las tiranías religiosas, doctrinarias, o filosóficas, ante las oligarquías, dictaduras y autocracias, y cada vez que se trate de la negación de la libertad, la rebeldía de cualquier clase que fuere, no sólo es necesaria y legítima, sino un derecho inalienable e indiscutible que si no se emplea con vigor y oportunidad, el pueblo que no la usara mereciera «que sus mujeres fueran violadas, sus hombres crucificados, y sus ciudades reducidas a polvo y éste lanzado a los cuatro vientos».

José Antonio Fernández de Castro

El espíritu de los tiempos...

(Viene de la página 72)

la contemplación de aspectos nuevos de la vida real y de sentimiento vista a través de un temperamento, riquísimo desinteresado, claro y vivaz.

Su técnica armoniza graciosamente con su sensibilidad y con su concepto humorístico de la vida. Prefiere los metros difíciles; desarticula con grande elegancia las medidas ordinarias; tan sumiso le parece a veces el consonante como el asonante. Ni le arredran tampoco las maneras reconocidas como prosaicas por una retórica intransigente y absoluta. A medida que se ensancha su noción de la vida con el andar de los años, y las copiosas lecturas, su verso se hace más ágil y desembarazado hasta emular, en sus momentos más felices, con el ritmo se-

creto, inasible, fascinador por lo elusivo, de la prosa de los grandes maestros. En ninguno de los poetas contemporáneos de lengua española se siente con más evidencia la palpación de la vida moderna. Siempre se ha requerido en las varias literaturas la presencia de un humorista para fijar en rasgos duraderos la miseria, la plenitud, las contradicciones de una época determinada. Cervantes, Shakespeare, Jean Paul Richter, representaron humorísticamente la vida de su tiempo. Esta cosa, insípida, gris, blanda amorfa y desarticulada que es la vida política de Colombia en los últimos treinta años, está admirablemente vertida por la poesía insuperable, por el humor penetrante y sano de Luis C. López.

B. Sanín Cano

La hiena herida...

(Viene de la página 73)

terio, y después de evocaciones y consultas a las potencias de la noche. El fuego, los bailoteos, el rezo, el fotuto, el tambor, ciertos animales, ciertas fórmulas, ciertas plantas, el misterio, la noche y la infinita estupidez humana eran elementos indispensables para sus sortilegios.

Muchos negros de los valles de Aragua lo creían a pies juntillas. Los blancos, no. Los blancos, como no fuese alguna cándida vieja supersticiosa, despreciaban al viejo charlatán.

No Jesús había sabido captarse la voluntad del antiguo sirviente del Táchira, de aquel casi analfabeto y todopoderoso Tiberio Borgia. Tiberio Borgia, en efecto, por su mentalidad de negro cimarrón y su innata desconfianza, creía, como un africano de las selvas de Mozambique, o como alguno de sus nietos de Aragua, en las brujerías del brujo.

No Jesús era, pues, un factor en la política de la barbarocracia: había que tenerlo propicio. Y en medio de aquella corte de eunucos las genuflexiones saludaban al bribón de vejestorio.

Terminado el almuerzo, «el general» se levantó, abrió la gaveta de un mueble en marquetería con alto-relieves de cobre, y sacando una cajita o estuche de cedro, larga y angosta como pequeña urna, se la puso en la mano a No Jesús. El estuche de madera tenía impreso, en letras góticas: *Presidente general Don Tiberio Borgia*.

El viejo daba vueltas a la urnita de cedro, sin pronunciar palabra, ignorante de lo que fuese, pero sin dar su brazo a torcer. Tiberio lo veía, gozando en sus adentros. La criada que estaba quitando la mesa, no podía contener la risa. Ya no resistió más la mulataza maracayera, y le dirigió una chirigota.

—Aunque usted lo adivina todo, No Jesús, ¿a que no adivina qué es eso?

El tunante repuso, evasivo:

—Yo no sé naa. El que lo sabe too es Dios...

Y se dispuso a guardar la cajita en el bolsillo de pecho de su vestido con aspecto de plumas de pintada.

—Es para ahora, No Jesús—le dijo don Tiberio, de excelente humor, siguiendo la broma de la mulata.

No Jesús, sorprendido contra su costumbre, en flagrante inferioridad respecto a sus

admiradores, expresó vagamente, en su media lengua:

—¡Estaj cosa de loj blancos, mi señó genelal!...

Entonces «el general» tomó en sus manos el estuchito de cedro, descorrió la tapa y, sacando un magnífico puro de La Habana, grueso como un bastón y largo de un jeme, se lo puso en la boca al negrete, que agradeció con un pícaro guiño de ojos.

—Esto si é fumá, señó genelal—comentó el negro loango.

Dió tres o cuatro chupadas con aspavientos de mono. El monstruo lo contemplaba con deleite, casi con ternura.

La acanelada doncella terminó de quitar la mesa. El dictador, arrastrando al viejo al dormitorio contiguo y cerrando la puerta de comunicación entre ambas piezas, quedó a solas con el brujo.

—Tengo algo que consultarle. No Jesús. El viejo movió de arriba abajo la cabeza.

Las puntas del enorme pañuelo de Madrás barrián la espalda como un plumero rojo y amarillo.

Empezó con circunloquios. El viejo no comprendía. Hubo que hablarle con toda claridad. Debían tomarse ciertas medidas de precaución contra ciudadanos peligrosos en varios puntos de la República.

¿Sería conveniente obrar de golpe, o poco a poco?

El viejo, como todos los que se aproximaban a la Bestia Triunfante, no pensaba sino en adivinarle el pensamiento para complacerlo. Era el mejor medio de dominarlo. El brujo, sin necesidad de brujerías, comprendió que el monstruo proyectaba alguna barrabasada de las suyas.

—La culebra se mata por la cabeza, señó genelal—exclamó, envolviendo su respuesta aprobatoria en parábolas y oscuridades, según su método.

El monstruo entendió lo que, en efecto, se le aconsejaba: que procediese contra los cabecillas.

—Si todos son cabezas: una culebra con muchas cabezas.

—Sí, una hidra... Pues bié, señó genelal. No selá bueno espelá el cambio e la luna.

—No, No Jesús. Está es cuestión de resolverla pronto, hoy mismo.

—Pues bié, señó genelal; yo no pueo asina.

Pero el viejo, demasiado marrullero para dejar sin complacer al asesino, añadió, conociendo el alcance de sus palabras:

—A meno que consultemoj loj sigalones...
—Eso, es, no Jesús: los cigarrones; consultemos los cigarrones.

Era uno de los ardides y trampantojos del brujo en que Tiberio Borgia tenía más fe. En más de una ocasión los había consultado con éxito. El viejo corrió a su casa a buscarlos.

Aprovechando la salida del brujo, entró el secretario, y don Tiberio se puso a firmar, después de hacérselos leer, varios documentos sin importancia. En eso estaba cuando le anunciaron al ministro plenipotenciario alemán.

—¡Pero qué hombre tan testarudo y tan indelicado!—dijo el monstruo al secretario—; ha venido dos veces en esta semana; no lo he recibido. Por fin le fijo día para recibirlo. Viene a mediodía, le hago saber que puede volver a las seis y se presenta de nuevo ahora, apenas concluyo de almorzar.

El dictador lo venía esquivando, en efecto; sabía de memoria lo que el plenipotenciario iba a solicitar y no quería complacerlo.

Germanófilo decidido durante la guerra, muy admirador de la brutalidad teutona y de las teorías de von Triestke y von Bernaldhi, que conoció por los diarios durante las luchas de prensa, había vuelto cara en absoluto con el triunfo de los aliados.

Estaba en un período de francofilia aguda y hacía grandes negocios con Inglaterra. Aquel caballero alemán cumplía su deber y servía a su patria, hasta haciendo el sacrificio de soportar las incivildades del patán. Aquel caballero, durante la guerra, fue el extranjero preferido del mandarín, con quien gozaba de suma influencia. Ahora... el lote de los vencidos es el desprecio.

—¿Y qué es lo que quiere ese hombre, general?—preguntó el secretario.

—Pues, sencillamente—repuso don Tiberio—, que le compremos parte, por lo menos, de un gran depósito de armas que Alemania tiene por ahí, en una República americana que fué muy germanófila.

—¿Y usted, general?

—¡Dios me libre; no estamos para complicaciones con las potencias triunfadoras! Eso no se le ocurriría sino a mi antecesor. A mí, no; yo quiero la fiesta en paz. Ya tengo encargado un buen parque a Francia y unos oficiales instructores de artillería y de aviación.

No Jesús regresaba; ya no había que pensar en recibir al alemán. Se le repitió que volviese a las seis.

3.—Los cigarrones del brujo

—El secretario prudentemente se alejó, dejando solo a Borgia con el brujo.

—¿Envío la circular a los presidentes de los Estados, general?—preguntó al salir.

—No—repuso Tiberio—, aún tengo que revisarla. Además, usted no podría poner esos telegramas porque tengo yo el cartapacio donde están. Mire.

Y le enseñó el mamotreto con listas de inminentes víctimas, ya interpoladas en sendos telegramas que iban a ser dirigidas a los sota-Borgias de las Provincias. Era sobre aquellos telegramas y aque-

llas víctimas precisamente que se iba a consultar a los cigarrones.

No Jesús traía un envoltorio que depositó con exageradas precauciones sobre la mesa. Hizo cerrar herméticamente por el mismo «señor general» puertas y ventanas. Ya a oscuras, encendió un cabo de vela que ajustó en el gollete de una botella. Colocó encima de la mesa una tabla con ferocísimo demonio pintado en rojo y negro, entre fulguraciones amarillas, y dijo:

—Bueno pué: consurtemo loj sigalonsitoj. Yo he venido resando po el camino la olación de los acielitos. Demé usté los nombres de las pelsonas esquitos en un papel. Si sale cigalón neglo, es castigo; si no, es pel-dón.

El montaraz Tiberio se acercó al cartapacio, sacó al azar una de las hojas escritas y le dijo:

—Aquí hay nombres de algunas personas: vamos a ver.

El negro brujo se puso la hoja contra el pecho, después contra la frente, hizo tres o cuatro morisquetas ridículas, moviendo los labios como quien reza, y la colocó, por último, debajo de la botella que sostenía en el gollete el cabo de vela.

Entonces sacó una calabaza de bajo un trapo negro que la cubría, quitó el corcho—un corcho chato, grande como una arepa o como un plato de taza cafetera, cribado, lleno de agujeritos—y con su tapara debajo del brazo izquierdo, y con su enorme corcho agujereado en la mano derecha, empezó a susurrar con los labios, a hacer una suerte de bordoneo de moscón. De la tapara salió un insecto volando.

El brujo tapó, rápido, la boca de la calabaza. El insecto dio vuelta por el cuarto y se vino poco a poco a girar en torno de la luz.

—Vea, señor general, vea clalito: e un cigalón neglo: castigo.

Atrapó el insecto y lo guardó en otra tapara. La escena se repitió una, dos, tres, muchas veces. Siempre salían cigarrones negros.

—Castigo—decía el brujo.

—Castigo.

—Castigo.

Tiberio exultaba. De ocho consultas, salieron siete veces consecutivas cigarrones negros. Como el monstruo, en medio de su alegría, manifestó la duda de que en la calabaza no hubiera sino cigarrones oscuros, el viejo se enfurruñó, volcó su tapara y el cuarto se pobló con un vuelo de cigarrones claros.

—Ve usté, mi señó: ¡yo engañá, yo engañá!

Indudablemente el viejo dominaba su oficio de brujo. Cuando lo despidió, el dictador, que se había acercado discretamente a un armario, puso en manos del brujo dos anchas monedas de oro. Aquello era inusitado. Era signo mayúsculo, el signo magno de afecto y admiración que pudiera darle.

¡Qué alegría, en efecto, denotaba aquella inusitada liberalidad!

Toda la tarde estuvo Tiberio Borgia de excelente humor. Hacia tiempo no se le había visto tan decidido, tan alegre. Era jueves, día de gallos. Y él, que durante todo el año no pisó la gallera, a pesar de su afición por la riña de pollos bravos—ese espectáculo cobarde, el más odioso de cuantos ha inventado la crueldad humana—se presentó al circo rodeado de edecanes, espalderos, espías y otros tipos de su amistad.

Vió dos peleas íntegras. Gritó, aplaudió, hasta apostó diez duritos que ganó y cobró... Al salir de la gallera dio una vuelta a caballo por el pueblo. A las seis en punto regresó a sus audiencias.

Quería que lo vieran.

Telegramas hábilmente confeccionados por el untuoso, respetuoso y adúltero secretario volarían esa noche para todos los ámbitos de la República; y en todos los ámbitos de la República se sabría que Tiberio Borgia paseaba, concurría a la gallera, recibía a todo el mundo y contaba como fechas las más felices de su vida aquellos mismos días en que se descubriera una tenebrosa sublevación de cuartel contra su Gobierno, una conjura contra su vida. Tiberio Borgia no tenía miedo. Tiberio Borgia era un valiente.

Sin embargo, Tiberio Borgia temblaba en lo íntimo de su corazón. Desconfiaba de todo el mundo. Perseguía, creyéndose perseguido. Mataba, para que no lo matasen.

Vive, en realidad, creyendo que lo van a asesinar: viendo puñales en todos los rincones, sospechosos en todos los pasantes, sopas de arsénico en todos los platos, bombas de dinamita hasta en la mesa de noche y debajo de la cama.

Mañana mismo, antes de amanecer, partirá en automóvil para Villavil, capital de la barbarocracia. Quiere personalmente ir a interrogar a los conjurados ya presos; tal vez aplicar personalmente la tortura a los detenidos.

Hay que inspirar pavor. Nadie debe pensar en acercársele sino temblando. El terror lo devora. La hiena yace herida. ¡Pobre bandido!

R. Blanco Fombona



Lado Oeste Foto Hernández